

(2).

Arte de Torear

a pie y a caballo

Escrito por

D. José Blanc

bajo la dirección del célebre matador de toros

MANUEL DOMÍNGUEZ

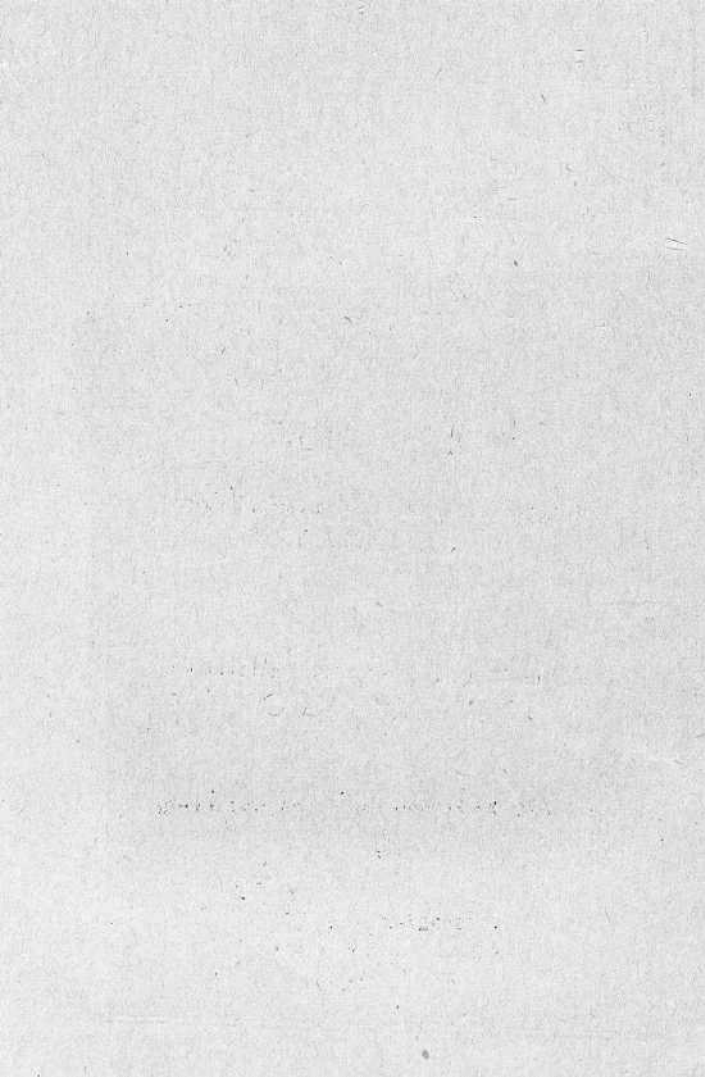
Datos biográficos de éste y algunas notas de

UNO AL SESGO



Editorial LUX - Coello, 162
Barcelona

ARTE DE TOREAR A PIE Y A CABALLO



498-250

ARTE DE TOREAR

Tiraje de 200 ejemplares numerados

Ejemplar núm. **156**



MANUEL DOMÍNGUEZ Y CAMPOS

M

ARTE DE TOREAR A PIE Y A CABALLO

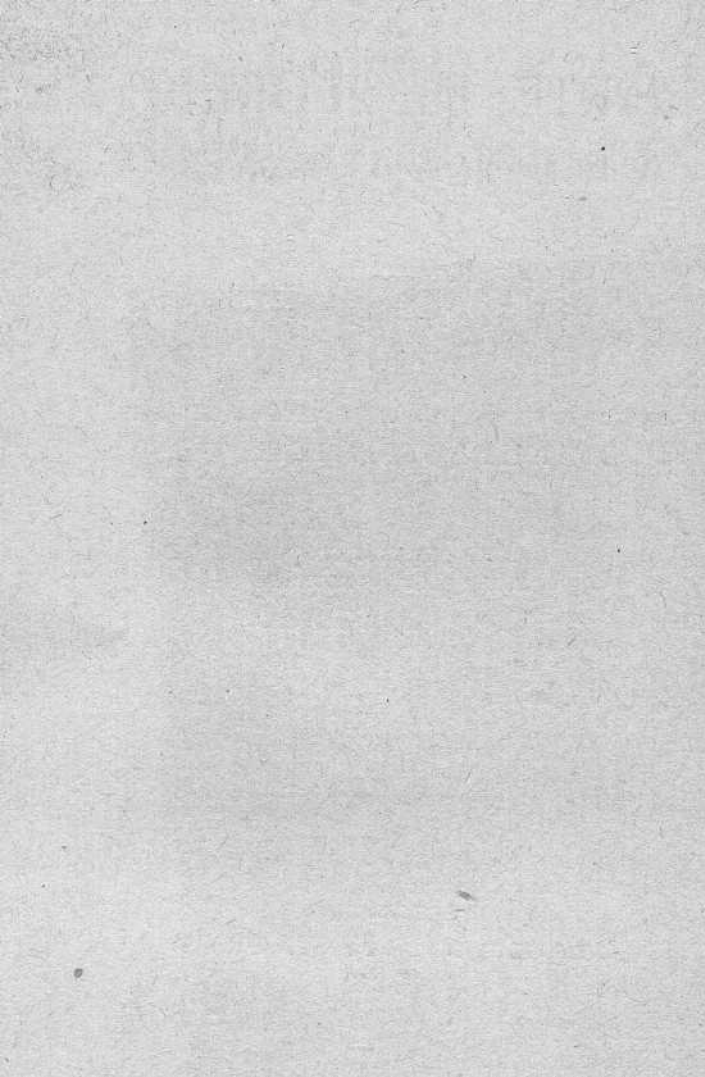
ESCRITO POR
D. JOSÉ BLANC

BAJO LA DIRECCIÓN DEL CÉLEBRE MATADOR DE TOROS
MANUEL DOMÍNGUEZ

DATOS BIOGRÁFICOS DE
ÉSTE Y ALGUNAS NOTAS DE
UNO AL SESGO



BARCELONA
BIBLIOTECA DE LA FIESTA BRAVA
1926





EL SEÑOR MANUEL DOMINGUEZ, Y UNAS PALABRAS REFERENTES A ESTE LIBRO

Parece ser que el señor Manuel Dominguez fué un gran torero. Digo parece ser, sin asegurarlo, porque no todos los autores están conformes en lo que respecta a su grandeza ni yo creo en ella. De lo que no cabe duda es, de que fué un torero de leyenda, como también resulta cierto que esa leyenda, no obstante querer serle favorable, no siempre le favorece, o por lo menos no da en ocasiones una idea muy aventajada del que pretende ensalzar, pues mas bien convierten en un guapo, un jaque o un matón al que sólo como un hombre digno y pundonoroso nos quieren presentar.

Quizá el señor Manuel, por exagerar el concepto del pundonor y de la dignidad, bravo y valiente como era, diera pábulo a esa leyenda que al irse transmitiendo de generación en generación ha llegado hasta nosotros un poco abultada y otro poco deformada con perjuicio para el héroe que trata de exaltar.

De todos modos, no fué Domínguez un tipo vulgar, y sí como torero dista mucho de merecer la reputación que la amistad apasionada de Ramirez Bernal, *P. P. T.* le quiso crear, algo hubo en él que le destaca de la turba multa. Torpe y pesado

de movimientos, lo que fué causa de numerosas y graves cogidas, se distinguió como matador de toros en la "suerte de recibir" y fué asimismo un hábil capeador; pero sin lograr producir en el público esos entusiasmos que se podrían suponer hoy leyendo a ciertos panegiristas suyos.

Por lo que tienen de curiosas, y mejor que dar una biografía de este diestro, nos parece reproducir dos cartas del propio Manuel Domínguez, publicadas por Carmena y Millán, que contienen datos muy interesantes referentes a su vida. Dicen así esas cartas:

"Sevilla, 4 de febrero de 1875.

"Sr. D....

"Muy señor mío: En contestación a la de usted, fecha 1.º del corriente mes, le remito la adjunta nota. Se llamaba mi padre Cristóbal Domínguez y mi madre Rosalía de Campos, nacidos ambos en el pueblo de Gelves. Ocupación de mi padre, labrador en corta escala. Murió el año de 1816, el 20 de enero, y yo nací el día 27 de febrero del mismo año de 1816 y en el mismo pueblo. Al poco tiempo se vino mi madre con su hermano don Francisco de Paula Campos, Capellán que era de las Monjas de la Paz en Sevilla. Hasta que murió mi tío estuve estudiando con los jesuitas. Después de la muerte de mi tío aprendí el oficio de sombrerero; en este tiempo fui algunos días a la toromaquí (sic), de ahí resultó tomar yo la afición al toreo; así fué que el año 1834 trabajé de banderillero con Juan León y Manuel Lucas de Sevilla, y durante el tiempo transcurrido del año 34 vine a tomar la alternativa de matador de toros en la plaza de Zafra, matando con Juan León y Luis Rodrí-

guez. Esa alternativa se me dió no tan sólo porque me hallaron capaz de ella sino para ir de segundo con el señor Luis Rodríguez a Montevideo, mas como éste no fué, fui yo de primero llevando yo de segundo a Manuel Macías (el Cherrime). Estuve en Montevideo diez y siete años, ejercité por muchos años el empleo de capataz y enlazador de los Saladeros, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, pasé malos ratos con los gauchos de estos puntos, estuve al servicio del General Rosas en Buenos Aires y del mismo modo en Montevideo con Frutos Rivero; fui prisionero en la batalla de Casero, en Buenos Aires, y pudimos escaparnos unos cuantos por ser casi de noche cuando nos cogieron y no perder tiempo de fusilar o degollar a todos los prisioneros. Escapados que fuimos en la noche pudimos incorporarnos con la gente del Comandante Manuel Troncoso, donde estuve hasta que dieron cuartel a todos. Respecto a los toros que llevo muertos no puedo darle número exacto; pero puedo hacer un cálculo prudente y podré decirsele en otra ocasión que también le mandaré el número de cogidas, si las recuerdo todas como del mismo modo de otras cosas que recuerde. Disponga como guste de este su servidor que besa su mano,

"Manuel Dominguez."

Esta nueva carta ofrecida está concebida en los mismos tonos de modestia, y hela aquí copiada a la letra, respetando sintaxis y ortografía:

"Sevilla, 24 de mayo de 1875.

"Sr. D...

"Muy señor mío: Cumpliendo mi deber con usted le remito mis antecedentes que desea, siendo

muy posible que tenga alguna faltita por la brevedad con que le contesto y no tenerlo muy presente. En la plaza del Puerto, estando al quite de vara y confiado que el toro no remataba a las tablas fué alcanzado y herido en el muslo derecho por la parte de afuera el día 26 de junio del 54. En la misma plaza, el día 1.º de junio del 57, fué cogido al entrar a matar en la suerte de aguantando (1), siendo enganchado por el costado de la chaquetilla y tirado al suelo, dando con la frente en el suelo que produjo la salida del ojo y un puntazo de la mandíbula derecha (1). En Salamanca, el día 13 de septiembre del 60 fué cogido y herido junto al ano estando al quite, en ocasión que mataba *Bocanegra*, diciéndole lo que debía hacer y como me adelanté más que el matador, hizo el toro por mí más que por la muleta que éste le presentó. En Santander fué cogido al tomar el estribo y herido en el muslo por la parte de adentro, el día 25 de julio de 1855. En Cádiz matando en medio de la plaza, en uno de los pases fué desarmado de muleta, hizo el toro por mí, siendo cogido y herido en la sentadera el día 15 de agosto de 1862. En Sanlúcar el día 10 de julio del 64 fué

(1) Como se ha dicho que la estocada aguantando fué un invento de los partidarios de *Fras-cuelo* para dar nombre a una forma mala de *recibir*, subrayamos que el año 54 ya la empleaba Dominguez. Esta cogida es la que le dió el toro *Barra-bás*, de don Joaquín de la Concha y Sierra y no de don Joaquín Pérez de la Concha, como dicen algunos biógrafos, pues hasta 1861 no pasó a ser propiedad del sobrino la célebre vacada de su tío, el señor Concha y Sierra.

cogido y herido en el muslo por echarme demasiado sobre el toro en ocasión de que Juaneca estaba en el suelo de resulta de una caída. En Sevilla el día 17 de mayo del 74 fui cogido en ocasión de matar el toro dándole las tablas, quedando la puerta del toril a mi espalda que es querencia forzada; no hizo por ella, se vino conmigo y fui alcanzado por el costado del muslo derecho. En Sevilla, el día 19 de mayo de resultas de una caída del picador Coriano y como no hacía caso de capotes ni a voces me arrojé al toro saliendo enganchado y agarrado con él hasta cerca de los medios que me largué conociendo que el toro iba de huída. En Bayona el día 20 de agosto del 56 fui cogido dando un pase de pecho en las tablas y como el toro tenía en el cuerno derecho un pedazo de capote hubo de taparle la vista y no obedeció a la muleta, fui enganchado por la ingle y herido. Si no están satisfechos sus deseos, puede mandar cuando guste a su afectísimo seguro servidor que besa su mano,

"Manuel Dominguez y Campos."

Estas son las cartas en que el mismo torero hace su autobiografía, de modo escueto y sin jactancias ni vanidades; y para completarla, del propio Carmena y Millán reproducimos unos párrafos que aclaran algo que no resulta muy diáfano en su historia.

Escribió el que fué muy querido amigo nuestro:

"Hay un punto de la vida de Dominguez que ha quedado hasta ahora en la obscuridad y es su repentina decisión de marchar a América, cuando se iba haciendo ya buen lugar en las plazas de la Península y en época en que aquel viaje ofrecía no

pocos peligros y dificultades. Dicen unos biógrafos que graves diferencias tenidas con el espada Juan León le decidieron a dar este paso mientras hay quien atribuye la desaparición de Domínguez a haber muerto a un hombre en riña y querer eludir la acción de la justicia.

"Domínguez, en la carta que he transcrito se limita a manifestar que le dió la alternativa Juan León para marchar de segundo espada a Montevideo con Luis Rodríguez, pero informes particulares que juzgo del mayor crédito me permiten sacar a luz un hecho que, si es natural que ocultara Domínguez por más que nada tuvo de deshonroso para él, al cabo de sesenta años puede ponerse al descubierto sin riesgo ni desdoro para la memoria del afamado diestro; antes bien para que se conozcan cómo la fatalidad truncó súbitamente una carrera comenazda bajo tan buenos auspicios y le condenó a tener que soportar largo período de desventuras y sufrimientos.

"Cuenta quien presencié la escena que voy a referir que por el año 1836 concurrían a una lechería situada en la puerta de la Carne de Sevilla toreros, aficionados y empleados del Matadero, discutiéndose generalmente ajustes de corrida, compra de ganado, etc. y lances de lidia. Llegó una noche Domínguez a esta reunión a la que asistía casi a diario acompañado de un pariente apellidado L..., y apenas sentados a la puerta del establecimiento y entablada conversación con los que allí se hallaban cuando hubo de pasar un banderillero muy presumido y *fantesioso* designado con el apodo de *Clarito*, por ser hermano de una tal Clara la viuda, tabrajera de la plaza de Abastos, que iba siempre muy bien alhajada y vestida de los colo-

res más chillones. Llamó aparte *Clarito* al pariente de Domínguez, conversaron ambos unos minutos y se alejaron de allí sin que nadie sospechara que aquello podía sonar a rifa o cuestión; mas no había transcurrido un cuarto de hora cuando llegó precipitado un amigo de Domínguez y hablando con mucho sigilo le dijo que desapareciera en seguida porque su pariente L..., acababa de matar a *Clarito* en un callejón próximo. Hízolo así Domínguez y acudió en el acto a buscar al picador de toros José Fabre, íntimo amigo y pariente suyo, al que dió cuenta del suceso, conviniendo ambos que inseparable como era Domínguez de su pariente L..., su situación había de hacerse crítica y difícil en Sevilla por más que él fuera ageno a la desgracia ocurrida. Aprovechóse entonces la circunstancia de que la fragata *Eolo* debía zarpar en breve para Montevideo llevando a bordo una cuadrilla de toreros y, Fabre, con la mayor reserva y no sin algún riesgo logró poner a bordo a Domínguez, así como también al autor del homicidio, que partieron para América sin haber sido molestados. Tal fué ligeramente expuesto el hecho fatal que determinó el alejamiento de Domínguez por el plazo de diez y seis años.

"Otro punto hay en la carta que merece ser bien esclarecido. Afirman los biógrafos del diestro sevillano que éste fué alumno supernumerario de la escuela de tauromaquia establecida en Sevilla en 1830 y que Pedro Romero, director de aquella escuela le consideraba como su discípulo predilecto. Hecho tan saliente no lo habría omitido Domínguez en el relato de su vida y aunque esta sola razón sería para mí convincente de que no es cierto lo afirmado por los biógrafos puedo añadir que ten-

gó a la vista el expediente original de la creación desarrollo y organización de la citada escuela y entre los alumnos no figura Manuel Domínguez. Se habla en diversos documentos de los adelantos y aprovechamientos de Francisco Montes, José Santos (a) *Ilo*, Juan Pastor, José Monge, Antonio Montaña *Torrecillas* y *Cúchares*, mas para nada se hace mención de Domínguez. Asistiría como uno de tantos espectadores o a lo sumo como aspirante; pero ni consta que recibiese lecciones de Pedro Romero ni que obtuviera plaza de alumno pensionado o supernumerario. El mismo destruye la leyenda forjada: "fui algunos días a la *toromaqui* (quiere decir a la escuela de touromaqui) y de ahí resultó tomar yo la afición a los toros". A esto queda reducido su contacto con la famosa academia; no habiendo por lo tanto razón fundada para decir que fué alumno de ella y discípulo predilecto de Pedro Romero."

Y naturalmente, si no lo fué, menos puede ser cierto que el mote de *Desperdicios*, que tanto molestaba al señor Manuel, naciera de una frase del famoso maestro al asegurar que "Domínguez no tenía desperdicio".

Repitémoslo: como no creemos que el lector medianamente aficionado a cosas de toros necesite que le descubran al señor Manuel Domínguez y si lo necesita poco trabajo le ha de costar dar con una biografía suya, en este trabajito sólo hemos pretendido reunir los documentos y datos curiosos, y no muy vulgarizados, que el gran bibliógrafo y bibliófilo taurómaco Cormena y Millán encontró, poseyó y dió a conocer.

El señor Blanc, por las razones que él mismo explica y se leerán más adelante, pensó en escribir un extenso *Tratado de Tauromaquia*, bajo la dirección de Manuel Dominguez, pero de todo ello sólo se publicó la Introducción, que es lo que aquí damos, en un folletito de 32 páginas, impreso en Sevilla, sin año. Más tarde, en 1890, en *El Toreo Cómico*, de Madrid, vió la luz el *Arte de torear a pie y a caballo*, sin duda por haber facilitado Luis Carmena, que lo poseía, el manuscrito de Blanc. Eso es lo que hoy reproducimos también, pues si en realidad como obra técnica no tiene más valor que cualquier otra de las muchas anticuadas que existen, tiene un cierto mérito bibliográfico, y creemos que será agradable, al amante de estas cosas, poseer reunido en un volumen las dos partes, dispersas hasta ahora de la obra de Blanc y todo lo que de ella se ha llegado a publicar.

El doctor Vilar Gíménez, que es un entusiasta de la bibliografía taurómaca, y yo, que soy otro, así lo hemos supuesto, y él poniendo a mi disposición su magnífica FIESTA BRAVA, y yo poniendo a la suya las "primeras materias" y el poco trabajo que me cuesta ordenarlas y comentarlas, nos damos ambos el gusto de ofrecer al lector aficionado un librito, hasta cierto punto raro y curioso, con que aumente su biblioteca, ahora que parece que los libros de toros despiertan, como nunca, el interés de las gentes.

UNO AL SESGO.

Barcelona. Noviembre de 1926.



AL LECTOR

Cuando me decidí a escribir el arte de torear a pie y a caballo, fué únicamente por la convicción que tengo de lo necesario que es, en la época presente, tener un conocimiento exacto de las reglas, para con la mayor perfección llevarlo a cabo y con la mayor facilidad.

El método que me he propuesto seguir está al alcance de todos, aun de los menos dotados de inteligencia.

En cualquier cosa que queramos aprender, si se nos enseña de un modo difuso, no sólo nos costará mucho trabajo, sino que nos aburriríamos y no conseguiríamos nuestro objeto (1).

Así el arte de torear a pie lo dividimos en tres formas: el capeo, las banderillas y la muleta.

(1) Si el lector juzga por este prólogo del señor Blanc, dudará mucho de la claridad y precisión de la obra, pues nada más difuso, incongruente y mal escrito, que este preámbulo en el que sólo es de alabar el buen deseo del autor y su honrada intención. Sin embargo, como documento curioso merece divulgarse, y ya hemos dicho que ese ha sido el propósito nuestro al darlo nuevamente a la estampa.

Lo mismo respecto a pases de muleta y muerte como también las banderillas.

Todo cuanto se ha escrito referente a este asunto es poco inteligible, porque presenta alguna confusión.

Mi arte revela, al primer golpe de vista, las clases de suertes que se pueden hacer y el mejor modo de hacerlas.

Una de las cosas más esenciales y que no se adquiere más que con la práctica, es el conocimiento de los toros desde la slaida al circo; saber a qué clase pertenecen para poder prepararse a las suertes.

Observando las reglas exactamente, y reuniendo el torero las cualidades que necesita para salir airoso, son muy raras las cogidas.

Hay muchos momentos en que los toreros temen más al público que a los toros, porque no sólo el gritar descompuesto y los diferentes ruidos que se producen con los pies y los bastones, vienen a destruir sus planes sino que más de una vez ponen su vida a disposición del animal. porque éste que está acostumbrado a la tranquilidad de los campos a no oír más voces que la de los vaqueros, y eso pocas veces, ni más ruido que el pisar de los caballos, el aullar de los perros, el trinar de los pájaros, el balar de las ovejas, el murmullo de las aguas, el crujir de los árboles, el sacudir de las hojas y otros mil producidos sin cesar que le hacen compañía mientras pacen, o cuando echado al suelo reposa tranquilamente; no puede dejar de asustarse y hacer víctima al pobre diestro en su movimiento de sobresalto.

Ya los pobres animales, cuando ven que se les entresaca de las piaras y que se emplea con ellos

una práctica desconocida, van cruzando los campos, saltando los barrancos, bebiendo agua de los arroyuelos, rascándose en los troncos de los árboles, deteniéndose por doquiera a pastar, pero les inquieta no volver a aquel sitio en que siempre estuvieron ni ver sus compañeros de infancia.

No digo nada cuando a altas horas de la noche se les estrecha de manera en el centro de los caminos, y los jinetes emplean con ellos muy malos tratos mortificándoles con la garrocha y obligándoles a correr como nunca habían corrido, sin permitirles que se detengan para nada en parte alguna y al mismo tiempo un ruido de voces y silbidos que les tiene llenos de pavor a pesar de su ferocidad natural.

Por último, llegan a la plaza y allí por más vueltas que dan no encuentran salida, no obstante tienen que estar en movimiento por los puyazos que les dan y por huir de ellos, se revuelven hasta que pasan a su encierro, en el que apenas pueden dar un paso.

¡Qué noche pasan! Cuando salen, y ellos creen volver al campo, se encuentran en un sitio que les alegra porque aquellas voces son iguales a las que oyeron la noche pasada, desean la salida, no hallándola quedan parados, ven una cosa brillante que se mueve y entonces arrancan y acometen; cada uno tiene su sistema y por eso es preciso observarlos con objeto de llenar el torero su cometido lo mejor posible.

Para mí, sin querer negar la ferocidad de los toros, porque esto sería oponerme totalmente a lo que han dicho todos los naturalistas y a todos los que practican continuamente en su vida privada en la que se muestran egoístas, no les gusta que

nadie les moleste; huyen de la sociedad, por eso embisten contra todo el que ven y a sus mismos compañeros y a todo hombre que no esté a caballo provisto de una vara; pero, sin embargo, temen y respetan al vaquero aunque desmontado sobre todo cuando éste les habla o les tira alguna piedra, son feroces según el trato que se les da.

La cría de los toros sería mucho mejor; pero a los ganaderos les importa muy poco tener toros sobresalientes y siempre que pueden llenar las aspiraciones de los Empresarios de las Plazas; importándoles muy poco que sean o no sean del agrado del público.

Multiplican solamente 6.000, o 5.000 o 4.000 reales (1) por 6, 7 u 8 según el número de toros y el negocio sale a pedir de boca.

Los empresarios saben que ha de haber un lleno, y hecho el cómputo total metense un buen resto en el bolsillo y siga la procesión su curso.

Los toreros exponen su vida, es verdad, pero con mucha o poca briega, se llevan a su casa un buen repuesto de duros, que les permite vivir con holgura y en contacto de todo lo más notable por todos los conceptos.

Aquí, el único que puede ser disgustado es el público; pero eso importa poco, pues si una corrida no satisface, porque los toros son malos, porque la Presidencia no cumplió, o por culpa de los empresarios, otra será buena, los toros excelentes, los toreros se portarán bien, los presidentes harán su deber y no habrá nada que pedir.

Pues los ganaderos no debían mirar tan sólo que sus reses tuviesen la casta, la edad, las libras que

(1) Por 8 ó 10.000 en la actualidad.

se requieren para presentarse en la Plaza, sino el medio de mejorar sus castas, modo de sobrepujar a las demás ganaderías; pero como exigiría cuidados y sacrificios, no están por esas, sino por adquirir dinero siempre que se presente ocasión.

Como los empresarios de las Plazas, siempre hallan recursos para quedar bien con el público, y a veces con los mismos diestros, lo que les interesa más es ponerse de acuerdo con los ganaderos.

En fin, sea de esto lo que quiera, siempre en las plazas de toros ha de haber gente, que pueden calcularse que rara vez dejan de tener un lleno y aún muchas veces más espectadores que localidades.

Esto se comprende bien; las corridas de toros son necesarias en España para recreo del pueblo y de la aristocracia, pues desde tiempos bien remotos han necesitado esta diversión, para poder distraer el pueblo su penosa existencia, su escasez de todo, y su trabajo continuo, y la aristocracia su feliz posición que llega hasta hastiarles, su abundancia desmedida y su vagancia perpetua.

Estas dos clases han arrastrado tras de sí la clase media y por tanto no hay un solo español que no vaya a los toros.

Los extranjeros que visitan nuestro país, no dejan de ir lo menos una vez, y hay muchos que frecuentarían la plaza durante una semana entera si hubiese la costumbre de dar corridas en tales condiciones.

Yo no soy contrario de las lidias; pero francamente, quisiera que éstas fuesen más en beneficio de los espectadores que de los empresarios, o al menos no fuera en tan razón inversa.

El pueblo español lo sufre todo, con tal de poder

algunas veces al año tener una expansión: la más atractiva que tiene y ha tenido es la de los toros.

Viene ya de época bien antigua, arraigada en la sangre española, la inclinación de esta clase de espectáculos, en los cuales los toreros actuales han venido a substituir a los rico-homes y a los denodados caballeros, que para hacerse más simpáticos a sus damas, salían airosos y elegantes ostentando los colores y divisas de sus escudos, y montando soberbios caballos, rechazaban los encontronazos de la fiera con fuerza y destreza, manejaban la *pica* o *lanza*, a la vez que el caballo.

Después de ser los primeros hombres de la nación los que luchaban contra los toros, vinieron los toreros a hacer sus veces y por esto, saliendo como salen todos los de la clase del pueblo se desencajan y vienen a ocupar una posición al nivel de la de los primeros lidiadores.

Estos así lo consideran, pues tanto ellos, como les descendientes de aquellas ricas hembras en cuanto sus palacios se anuncia la visita de un torero, falta tiempo para franquearle las puertas y salirle al encuentro o recibirle con la mayor confianza en cualquier gabinete o salón que se hallen.

Es recibido siempre con distinción y con amabilidad.

Si alguna vez el torero pide algún favor, recomendación o influencia, yo creo que es más pronto otorgado que pedido.

En prueba de la importancia de los toreros, por razón de la clase tenemos que los ricos tapices que ostentan en ciertas ocasiones las casas de Medina-celi, Osuna, Alba, etc., toda la aristocracia están mezcladas, las grandes señoras, los grandes señores y los toreros, figurando éstos en primer término.

Cualquier autoridad civil o militar, está dispuesta siempre a hablar y recibir con los toreros, atendiendo inmediatamente su pretensión.

No hay ministro, no hay senador, ni diputado, ni nadie que tenga representación, que no considere y acate a los toreros.

Esto significa palpablemente, que el torero, si bien procede de la clase del pueblo, como pasa a desempeñar el papel de los grandes señores en los espectáculos taurinos, queda por este concepto considerado como parte integrante de la aristocracia.

Por eso las duquesas le reciben con más facilidad y de mejor manera que a una persona que haya sido Ministro, Embajador, etc., porque, como fué y ya no lo es pertenece ya a la historia.

Algunos creerán que exagero emitiendo este juicio, pero si empezase a investigar argumentos los hallaría con creces para esclarecimiento de las inteligencias obtusas.

Tenga la bondad el lector de examinar bien esto.

¿A qué clase pertenece el torero?

¿No pertenece a la clase aristocrática?

¿No pertenece a la clase media?

Pues entonces al pueblo no pertenece, por una razón muy sencilla, porque si perteneciese no sería recibido por los aristócratas, porque éstos en sus pergaminos no habrán visto nunca que un patricio pueda alternar con un plebeyo, pues éste puede ser pechero del patricio, pero otra cosa no.

Por tanto, esta consecuencia que yo saco es únicamente para enaltecer la lidia y para evidenciar que los espectáculos taurinos son nobles, convenientes y aún necesarios; en términos que, en una población sea lo que fuere debe pensarse antes en hacer una Plaza de toros, que un Hospital o una

Escuela. No se asusten; todos los hombres debemos ser hospitalarios y cumplimos nuestro deber no sólo en nuestro barrio, sino en nuestro distrito, atendiendo a los enfermos que haya. Si somos bastante doctos e instruidos no necesitamos Escuelas, sino que nosotros por nosotros mismos tenemos la estricta obligación de enseñar al que no sabe, practicando de este modo una obra de misericordia.

Así no debemos dudar ni un solo momento en crear una Plaza de toros, antes que crear un hospital o una escuela.

La razón es muy obvia; un enfermo que se cura en un hospital, ¿tiene apoyo en la sociedad? Entonces cuando salga, ¿qué le espera?

Dificultades para encontrar medios de vivir; las puertas de cuantos tengan valimiento la encontrarán cerradas. El que siga sus estudios llegará a obtener un título, dos o tres de doctor, todos sus colegas dirán que sabe mucho, pero ni la aristocracia ni ninguno que ocupe una gran posición le prestará servicio alguno, pues en este siglo, cuanto más idiota sea el hombre mejor escapa.

Debe hacerse primero una Plaza de Toros, porque es necesario que aquellos que pasan día y noche trabajando, tengan un respiro, y que éste sea algo que le cause una emoción: no hay nada como los toros.

El bullicio de las plazas, la alegría en todos los semblantes, la presencia de las más gentiles damas, la llegada de las autoridades, los acordes de la música, la apertura de la puerta del toril, la salida del toro impetuoso recorriendo la plaza sin tropezar en ningún obstáculo, causan maravillas: como los toreros, picadores, matadores y demás pertenecientes a la cuadrilla, hicieron su correspon-

diente saludo luciendo sus vistosos trajes y mostrando la gracia natural que Dios les dió. Todos ocupan su sitio cuando el toro negro o berrendo sale; cuando después de correr llega a pararse acepta o no acepta el desafío del torero; en caso afirmativo el torero le burla con un gracioso manejo de capote y a beneficio de un quiebro se pone a salvo. Toda la plaza se viene a bajo, los más aristocráticos caballeros le arrojan cigarros habanos vaciando sus petacas; las damas más altas de la sociedad no tienen duda ninguna de desprenderse de las mejores joyas.

Esto es muy natural, no se trata de un cualquiera, se trata de un torero que haciendo abnegación de su vida, vino a ocupar el puesto que le correspondía al muy alto y esclarecido señor Duque, Marqués, Conde, etc., por esto las señoras de la aristocracia sacrificarían su vida por un torero.

Amenazada la vida de un picador por un toro *pegajoso*; pero gracias a su valor, a su fuerza y a sus condiciones de gran jinete a caballo levantado, da un puyazo que el toro escupe.

Nuevo ruido en la plaza, las damas corresponden con regalos de valía y los hombres de distinta prosapia, también hacen sus méritos para lograr el prestigio de las damas.

Sonó el clarín; el público se desespera porque el toro no tomó bastantes varas; pero se conforma al ver al diestro en un salto de trascuerno, otro de la garrocha.

Gran entusiasmo reina, cuando un banderillero llega a la cabeza de la res, mete los brazos y clava un par al cuarteo y a seguida otro diestro deja las suyas. El público aplaude frenéticamente. No

hay un semblante triste; hay un ruido infernal; no hay dama que no aplauda.

Aquel momento está destinado a olvidar las penas.

Dichosas las corridas que tal efecto producen.

En efecto, la algazara, la animación, el entusiasmo de una plaza de toros no tiene ejemplo, es excepcional bajo todos los puntos que se le consideran; esto no es en la época actual ha sido siempre lo mismo.

Antes de la conquista de Madrid por Alfonso VII las fiestas de toros entusiasmaban a Allatar y a Zaida, de tal modo, que esta hermosa dama no negaba ninguno de los favores que le pedían en aquella ocasión.

De esto buen ejemplo lo acontecido en la Plaza de Madrid, cuando llegó un portero de la puerta de la Vega e hincando de rodillas dijo:

“Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia, Urbano,
Para lancear un toro,
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa a Allatar,
Pero Zaida dió respuesta
Con modo tan singular,
De que en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.”

Entonces fué cuando el Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar penetró en la Plaza, y dió prueba de tal denudo y de tal valor que no sólo consiguió vencer á la fiera, sino que conquistó el

corazón de Zaida, que se enamoró frenéticamente de él (1).

Si en el pueblo natal de Alimenón de Toledo sucedió esto, no debe de extrañarnos en nuestros tiempos en que los toreros triunfan en medio de los azares de la lidia.

No hay mujer que no se entusiasme viendo al hombre dar pruebas de serenidad y de valor.

Así tenemos ejemplos de mujeres que han aborrecido a los hombres que amaban y los han aborrecido repentinamente por no haber salido airosos en aquellos actos en que las pruebas de valor eran el todo.

Las mujeres aborrecen la cobardía.

Tenemos mil pruebas de esto en la historia romana, en la griega y en fin en todas, hasta en la historia contemporánea.

Volviendo otra vez a ocuparnos de las fiestas de toros no podemos menos de conocer que merecen haber sido preferidas a las de las *Justas y Torneos*, las cuales siempre fueron venganzas, que ejercían los Caballeros por odio de raza, por celos, por emu-

(1) El señor Blanc, como no podía menos de suceder, acepta como hecho histórico, el puramente fantástico que le sirvió a Moratín de asunto para su célebre romance *Fiestas de toros en Madrid*, y hace alancear un toro a Rodrigo Díaz de Vivar. La verdad es que ni el Cid ni las fiestas de toros perderían nada con que la hazaña se hubiera llevado a cabo; pero de ahí a que se llevara va la distancia que existe entre lo fantástico y lo real. Por lo menos, hasta el presente, no hay ni una vaga referencia histórica en que fundar tal proeza.

laciones u otro cualquier motivo más o menos justificado.

La transcendencia de lo que en aquellas luchas pasaba evidenciaría lo que acabo de decir; pero basta que de los ejemplos que podíamos citar citemos uno: el odio de raza del Marqués de Cádiz y del Duque de Medina-Sidonia, que por espacio de siglos sostuvieron las hostilidades; el origen fué un torneo.

Los toros no traen tanta transcendencia; pues si bien en la época de Felipe IV motivaron muchas desavenencias y muchos disgustos, en términos que desmembraron a España de Portugal en 1640, época feliz que celebran los portugueses todos los años, sin reparar que su origen es español, como se demuestra palpablemente recorriendo la historia de Alfonso VI, rey de León y de Castilla, quien generosamente hizo merced del territorio comprendido entre el Duero y el Miño a don Enrique, dándole el título de Conde, casándole además con su hija doña Tereza o Tareja como también le llamaban... Pero no es ahora la ocasión de hacer un recorrido por la historia de Portugal; mas es evidente que distraído el rey Felipe IV de España y III de Portugal con las fiestas de toros, con las comedias, con la literatura, que tan bien cultivó, dió pábulo a que el inolvidable Conde-Duque de Olivares, abusase de la manera que lo hizo sin que pudiesen ya remediar las consecuencias de sus odiosos hechos.

Pero es innegable que las fiestas de toros fueran la diversión predilecta del augusto vate.

No es necesario leer más que cuanto sobre esto escribió el Conde Villamediana.

Tenemos también muy buenos informes en las

obras de Quevedo, Moreto, Alarcón y otros, de los muchos poetas que vivieron en aquella época y que legaron su nombre a la posteridad.

En tiempos de Carlos II el Hechizado, se celebraron fiestas que causaron también grandes contratiempos; pero asimismo salvaron la vida de aquella hermosísima joven que vivía en la calle de Torija y que tan infamemente persiguió cobardemente el Inquisidor Torquemada.

El pueblo de Madrid agradeció la lidia de los toros extraordinaria que los Caballeros de la Corte dieron junto al rey, a su beneficio, permitiendo la entrada gratuita, y entonces fué cuando se amotinaron y se apoderaron de aquella inocente criatura a quien salvaron de los horrores de la Inquisición.

Cierto que la única diversión que puede darse a la gente que no ha tenido los medios ni la ocasión de instruirse, es una corrida de toros; porque las comedias, los dramas, las óperas, las zarzuelas, nada de esto le satisface, porque no pueden comprenderlo, no experimentan emoción alguna.

En los toros, el público no pierde ni un solo instante los movimientos de los toreros, de los picadores, de los toros, de los caballos; en suma, de todo cuanto tiene delante de sí, escudriña con ojo avisor hasta los más mínimos detalles, y al mismo tiempo aplaude, insulta, grita, silba, etc., todo lo hace al mismo tiempo.

Nada se le escapa: si el torero cita al toro de lejos en vez de cerca, grita, se pone furioso, nadie puede contenerlo.

Si el picador pone una puya sin perder tierra, aplaude con locura y le colma de regalos, le dice

mil flores y un sinnúmero de cosas que ponen al diestro lleno de satisfacción.

Lo admirable es que el público de los toros ha sido siempre el mismo desde que empezó la fiesta taurina.

Pero si un picador lo hace mal, Dios nos libre, se vuelve la oración por pasiva.

Otras de las cosas que maravillan al público, es ver un animal hermosísimo y rozagante cual ninguno ostentar su belleza a la par que su *fierreza* en el *redondel* de un modo noble y hasta simpático; pues con raras excepciones, el toro escoge su terreno y respeta el del diestro; cuando éste le cita arranca y acomete de frente dejando su terreno tal vez para no volver más; demostrando una vez más su sentimiento al ver que ha sido engañado por el diestro; pero, sin embargo, acepta de nuevo el desafío que se le propone, y por regla general siempre noblemente.

Si alguna vez coge el *bulto*, pocas veces se enaña con él.

Como no hay absolutamente regla sin excepción en la clase de toros los hay también bastantes perros, hasta traidores; pues cuantas veces parece que siguen al diestro hasta cierto punto, volviéndose después como abandonando su proyecto; sin embargo, lo hacen para coger al diestro desprevenido; en ese caso no es difícil darle una cogida; pero si esta malicia cabe en el toro, generalmente lo ha previsto el diestro de antemano, porque conoció al toro desde que salió a la plaza.

Es muy bonito ver a un hombre reuniendo todas las cualidades y condiciones indispensables para torear burlar la fiera cuanto ésta se cree en posesión del bulto o del objeto y quedar siempre pre-

parado para repetir la suerte, consiguiendo tal vez obtener el mismo éxito que en la anterior.

Los toreros vestidos en la forma de costumbre y dotados de maneras graciosas y elegantes, moviendo los pies con gracia y destreza y una agilidad inexplicables, parándose a lo mejor, saltando con limpieza la barrera, acortando o alargando con destreza el capote según el caso lo requiere, para llevar a cabo la suerte, es magnífico.

Ver correr al toro tras el engaño y a pesar de su magnitud y de su peso revolverse sobre sus pies a derecha e izquierda, con movimientos tan rápidos encanta a todos cuantos lo ven.

Parándonos un poco aquí y tratando de aquellos tiempos primitivos en que el hombre en una inmensa floresta enriquecida con todo lo que la naturaleza puede dar de más bello, de más óptimo, veíase rodeado de animales de toda especie, de los cuales uno se aproximaba tanto a él que casi hacían vida común, separándose alguna vez de manera que podía juzgarse que el hombre no simpatizaba con ellos, ellos aborrecían por naturaleza al hombre.

Aquellos que les eran simpáticos pocas veces mostraban con ásperos prolongados y más o menos estridentes ruidos su descontento; ni tam miembros de familia en una misma casa, y en la misma concordia, alternaban y compartían la existencia del hombre.

Otros por el contrario alejaronse atronando el espacio con gritos y alaridos que hacían erizar los abellos; tramando combates o luchas entre ellos mismos, viviendo siempre poseídos del mayor temor y en medio de la discordia más poderosa y más difícil de sostener.

Aquélos eran los animales domésticos tan simpáticos al hombre que a él consagraban sus leches sus carnes, su piel; éstos, por el contrario, llamándose independientes, estaban dispuestos a guerrear contra el hombre, a devorar a los animales menos fuertes que ellos y a depender exclusivamente de la naturaleza, buscando tan sólo para vivir los sitios más escarpados y solitarios, las moradas más desconocidas y más profundas, huyendo de toda concurrencia y no congeniando con ningún ser animal aunque fuese su vecino y se identificase en su vida privada a todos sus gustos y aspiraciones; éstos eran las fieras.

El hombre en el Paraíso solo nada le faltaba sin más compañeros que los miembros de la familia del reino mineral, del reino vegetal y del reino animal.

Allí, solitario, nada le faltaba para su felicidad; no obstante no estaba contento tanto que bien lo demostró rebelándose contra la voluntad imperiosa de la Omnipotencia, que quería por fuerza hacerlo feliz, circundándole de maravillas y de bienestar.

Ingrato se mostró y fué arrojado del Edén donde, no sólo le sonreía, sino que sonreía también todo cuanto tenía a su vista, a su alcance para pasar a una vida de llanto y dolor: a fuerza de penalidades y de regar los campos con el sudor de su rostro, había de soportar la vida que tenía para su tormento.

Si el hombre se hubiese dedicado a vivir según la voluntad de Dios, hubiera combatido aquellas fieras, y hubiera llegado a dominarlas, porque cuanto más feroz es el animal más amor tiene a sus hijos, por tanto si el hombre se mostrase bueno

para con sus hijos los animales, ninguna fiera le haría mal.

Un ejemplo basta para probar cuanto acabo de decir: viajaba Livinstone por la Africa Occidental; encontró un tigre, dando lastimeros gemidos tenía una herida en una pierna, por la cual vertía mucha sangre, compadeciéndose de él y le hizo curar; poco tiempo después, dos tigres aparecieron a muy corta distancia dando alaridos tremendos y quedaron parados, observando aquella escena; el explorador y cuantos le ayudaban en la tarea continuaban aplicándole remedios a la parte dolorida para curarle. Las fieras que observaron esto guerdaban tal respeto y consideración que mientras duró la expedición no hubo una desgracia que lamentar. Aquel tigre, una vez curado, no quiso dejar la caravana y nunca dió pruebas de ferocidad. Después del descubrimiento del lago Norika, y a la muerte de Livingstone, fué cuando, por miedo le mataron; pero no porque el animal diese pruebas de ferocidad; pues comía hasta en la mano y se dejaba acariciar como un perro.

En la Academia de Ciencias de París, se presentó un explorador, que llevaba consigo una pantera negra como cualquier falderito; se llenó de consternación la sala, pero no porque el animal mostrase fiereza.

En la familia de los mamíferos, especie cuadrúpedos, género astado, orden de los rumiantes, origen selvático, domesticable en grey, útil en doma, por la castración, cambia su condición con su nombre, el toro es el símbolo de la bravura ciega y de la fuerza bruta.

Tipo de la potencia y hermosura de su raza que empieza en el célebre unicornio de Plinio, en que

la Zoología moderna cree reconocer la traza del rinoceronte (como a la sirena o *mujer marina* en la foca) y concluye en el antílope, el toro tiene un armamento ofensivo, superior al de todos los astados: una condición que le remonta a la jerarquía de las fieras más pujantes, sin que le impongan instintos carniceros; es una explotación ganadera y agrícola que desde los vastos saladeros de Buenos Aires viene a parar de grado en grado hasta el prado concejil, en el cual pasta la yunta o los animales domésticos. Entre los astados tenemos el bisi6n, el búfalo, el bisonte, y el antílope; pero todos ellos se diferencian en sus condiciones del toro, pues a éste se le puede considerar como único en su raza, según sus prendas y cualidades distintas.

El toro pastando libremente en la Selva Virgen de la América meridional ó en las dehesas de la Península, ostentando en su anca el hierro de las castas más finas y depuradas en sus cruzamientos, ha de encontrarse siempre superior a sus afines del género astado en todas las particularidades que se ofrezcan dentro de una especie; ora sea la corpulencia, adiposa y corniancha de Extremadura, ora la pequeña ligera y corniapretada Salmanquina, o bien, recortada, esbelta y de finas agujas como el de las orillas del Jarama. El toro conserva en su reducción de grey el espíritu de independencia que caracteriza a las razas de origen salvaje.

Necesita grande espacio para su cría, propagación y nutrición.

La pujanza constituye su derecho al amor, a la preferencia y al respeto en la manada de que forma parte.

Duerme la siesta, posa y se acuesta en puntos determinados, elegidos por él; defendiendo instrucciones en las propiedades que cada animal se traza en la zona común de la familia.

Sometidos a las trasladaciones, cambios de pastos y demás faenas de ganadería, requiere para sugetarse a la obediencia el concurso de cabestros y de los vaqueros; y sólo a la maña y siempre conspirando a fin de sustraerse a imposición de sus guías se deben los herraderos, las pruebas, apartados, conducciones y enchiqueramientos.

La debilidad y el exceso de predominio de un toro, en la grey, determinan el abuso sexual más innoble y la conspiración más enconada y persistencia, revelando esas costumbres brutas de instintos refractarios a toda modificación que induzca la servidumbre.

Hasta en los toros criados a la mano y familiarizados con la existencia del hombre, en su caserío rústico, desde que salen del vientre de su madre al llegar la primavera se ve en ellos el destello de una bravura indómita y en algunas lidias se han presentado los toros criados así, boyantes y duros hasta el extremo.

El hombre ha intentado todos los medios que están a su alcance, de batirles, en su estado salvaje, habiendo llegado a convencerse que no había otro tan eficaz que el de poner la fuerza de la inteligencia y de la maña industriosa, a la violencia brusca y a la saña tenaz del toro, excitado por el desafío del hombre, a pie o a caballo.

Esta es la verdadera escuela del toreo, que puede dar el resultado que propone el lidiador.

La intrepidez sin la pericia, es una temeridad lucida, pero aventurada.

El manejo táctico sin el valor es la exposición constante a las consecuencias, que proceden de la falta de presencia de espíritu, cuando la ocasión lo reclama en demasía.

El toreo debió comenzar por los arrojos bríosos, escudados por superioridad de medios para venir a parar a las condiciones de una lucha de potencia a potencia.

El hombre a pie, al arrojar la piedra con la honda, con certera puntería, lastimando al toro en el nacimiento de sus astas, averiguó una manera de contener al toro y hacerle retirar tan sólo con el chasquido amenazador de la honda.

El hombre a caballo, se arriesgó a llevar a la res brava, revolviéndose listo para esquivar el arranque del cornúpeto, en su actitud defensiva.

Luego trató de hostigarlo a la carrera con un instrumento largo y punzante y, sin duda, un incidente de este género en la cacería le reveló que el toro se podía derribar empujándole en los cuartos traseros a tiempo de sesgar el paso proviniedo de esta observación el acoso, origen de la reducción a grey.

Otro incidente: la defensa del animal haciendo frente al acosador en su desesperación sombría, dió margen a que el jinete emplease el castigo de la puya, afrontando la arremetida de su adversario con la doble resistencia de contracción muscular y el poder de su caballo; de aquí resultó la suerte de varas en sus diferentes formas, según las disposiciones particulares de cada jinete.

El hombre a pie que ya sabía acosar con la honda y amagar con el palo para causar respeto a la res escarmentada a fuerza de golpes contundentes reconociendo la dificultad del toro en revolverse,

una vez lanzado en persecución de su enemigo con la impetuosidad de su índole, calculó solamente necesario ejecutar un movimiento simultáneo a la embestida para salvar a su persona del choque con la cabeza armada de su terrible agresor.

Afinando, a fuerza de pruebas arriesgadas, y a costa de una afición vehemente, los movimientos con su cuerpo, o sean de cintura que el arte califica con el nombre de cuarteos y otros movimientos que se llaman técnicamente quiebros y cambios, nació una lid organizada, cuyas excepciones debían establecer las condiciones especiales de ciertos y determinados toros; en efecto, las peripecias lastimosas del toreo a bulto desembarazado, con fieras recelosas, huídas o traicioneras, enseñaron al luchador que había necesidad de un resguardo, inútil con las reses boyantes, codiciosas y comunes.

Esa providencia, mal traducida con el nombre de casualidad que en la caída de una manzana descubrió a Newton una ley de la naturaleza, haría notar la distracción del toro con el objeto que se ofrece a su brutal arranque; así como la pica del jinete pasó del acoso a la suerte de vara; así también el objeto burlador de la embestida se ha perfeccionado desde la rústica manta del campesino hasta la flámula roja del diestro jefe de la cuadrilla de lidiadores.

El toro, en cualquier país que haya nacido, ha tenido que luchar contra la estrategia del hombre; unas veces víctima de la asociación venatoria que busca al águila en su nido, sobre peña inaccesible; al león en lo más claro de la siniestra selva, y a la pantera en el fondo de sus enmarañadas guaridas; otras veces asaltado de potencia a potencia,

como el oso en sus montañas, el aligador de sus pantanosas soledades, y el tiburón en los mares que infesta.

Las modificaciones de la condición del toro, por la virtud del pasto, por la influencia del clima y por el tratamiento que recibe de los que lo tienen en sus dominios, divídese en dos partes: la de reses bravas y de reses mansas.

La primera conserva el tipo originario, en medio de las sujeciones que la reducen a propiedad particular, y es apta para la lidia, para la provisión en grande escala de alimentación animal, para el suministro de bueyes poderosos y para la renovación de las castas agotadas por la servidumbre, con la cruza rigurosa y restauradora de su regeneración.

La segunda entra poco a poco en los términos de la servilidad paciente y a medida que se domestica la casta se distribuyen sus individuos en el patrimonio agrícola y se mezclan con las especies habituadas a la esclavitud, y connaturalizan con la dependencia de la colonia rústica, la hechura pierde sus signos enérgicos de raza, los cuernos se achican y disminuyen constantemente y van perdiendo su volumen, el corte esbelto y el contorno airoso de la figura típica, truécense en la obesidad de la vida sedentaria, y en la torpeza y lentitud de movimientos de los animales entumecidos por un reposo que embota sus facultades primitivas.

La explotación de los cultivadores, agrava esta sucesiva degradación de la especie; la vaca se extenua, sacrificada al tráfico que se hace con su cuerpo y cébase al toro como el cerdo, para destinarle a la carnicería; la raza con todo esto pier-

de su origen a causa de que el hombre, queriéndose imponer a la naturaleza, desarrolló cuanto pudo su avaricia, sin reparar que, con su conducta, ha de dar fin a su especulación.

Resumiendo todo cuanto acabamos de decir, es evidente que las lidias taurinas tienen su origen en las cacerías, que los altos señores, desde época remota, han venido haciendo, para su recreo y para contribuir en lo más posible al desarrollo físico, una vez que terminaron aquellos tiempos belicosos que reclamaban al hombre de valimiento, a desarrollarse en medio de los azares de la guerra, en los combates singulares, y hasta en sus mismas diversiones, que denominaron con el nombre de justas y torneos.

Como siempre, en sus monterías encontraban al búfalo, al bisonte, al toro, antilope, tenían adquirida práctica en la persecución, en el acosamiento cansándoles, a fuerza de correr y otros medios que después fueron empleados en las plazas.

Así basta lo dicho para que comprenda el lector que las lidias son necesarias, atendiendo al desarrollo agrícola, cuanto a la necesidad de dar al pueblo una diversión; por tanto, en España son de absoluta necesidad las corridas de toros, y así yo al escribir el Arte de torear a pie y a caballo, he tratado de hacerlo de modo más lacónico, pero más inteligible.

Lo he podido hacer así, contando con la dirección de un hombre eminentísimo en las lidias, si bien hoy se encuentra retirado, por causa de sus achaques, y también por su edad.

Este, que es Manuel Domínguez, vivo y patente recuerdo de la escuela pura del toreo, de la única más brillante que se ha conocido, y que vino prac-

ticando exclusivamente por él desde 1852 hasta 1880, que por consejos de los médicos y de sus amigos dejó de torear poniendo fin a la escuela de Ronda.

Creyendo que es muy justo pagar un tributo y de admiración y de cariño perseverante, he llevado a cabo, con el acopio de datos que él mismo, en su propia casa de la calle de Lista, me ha suministrado, su Biografía, en el cual el lector hallará hechos desconocidos hasta ahora, y que indudablemente han de despertar su atención (1).

He creído conveniente unir a este volumen una reseña de ganaderías más notables de España, guardando en ellas no el orden de antigüedad, sino alfabético.

Además, una cuenta exacta de los toros llamados célebres, desde principio hasta hoy, mencionando a las ganaderías a que pertenezcan.

También una reseña de las principales plazas de toros de España, y por último una lista de los matadores, desde 1835 a la fecha. Formando la coronación de esta obrita un vocabulario de las voces más usuales en la Tauromaquia.

No sé si habré llenado el objeto que me preocupa, a satisfacción del lector, pero sí puedo asegurar que he puesto en práctica todos los medios, contando entre ellos, como más poderoso la dirección e inspiración del notabilísimo diestro Manuel Domínguez.

EL AUTOR.

(1) Esta biografía no se publicó, como tampoco la reseña de las ganaderías bravas, ni los toros célebres, ni el vocabulario. Todo quedó reducido a este prólogo y al Arte de torear que vió la luz en *El Toreo Cómico*, como ya hemos dicho.



PARTE PRIMERA

NOCIONES PRELIMINARES

Condiciones de los toreros y de los toros

Antes de ocuparnos de las reglas indispensablemente necesarias para el perfecto conocimiento de todo lo que se relaciona más o menos directamente con las lides taurinas debemos tener en cuenta que no todos los hombres sirven para toreros ni todos los toros para ser lidiados. Para ser torero, es imprescindible de todo punto reunir las condiciones siguientes:

Valor, ligereza y conocimiento de las reglas del arte

El valor consiste en mostrarse delante del toro con pasmosa serenidad demostrando conocimiento de lo que se va a ejecutar, cuidando de no avanzar hasta la temeridad, ni retroceder hasta la cobardía.

La cobardía consiste en correr derecho, saltar, volverse, pararse o camarse con extraordinaria rapidez.

El conocimiento de las reglas del Toreo es indispensable para conocer al toro en todos conceptos y para ejecutar con ayuda de valor y de la ligereza toda clase de suertes.

El torero además de esto, ha de reunir un conjunto agradable y si bien no se necesita que sea un *Adonis*, debe, sin embargo ser airoso de cuerpo, gracioso y natural, en sus movimientos, muy flexible, en términos que su vida disminuye la de los toros, pues estos poseen una ligereza asombrosa y para vencerla para dominarla deben oponérsele una prontitud sobre natural.

El torero ha de mostrarse impasible a todos los insultos y a todas las demostraciones del público; por tanto, aunque tenga un carácter enérgico e impetuoso, necesita prescindir de él y atender a su vida que se ve amenazada de cerca por una fiera de las más temibles, según el juicio emitido por eminentes naturalistas.

Para que el toro merezca completamente tal nombre ha de reunirse los requisitos siguientes: buena casta, edad, libras, pelo, buen trapio, sanidad y no haber sido nunca toreado.

La *casta* debe ser afamada y son preferibles los que proceden de toros bravos porque están mejor cuidados que los *cuneros*.

De cinco a siete años es la mejor edad, porque gozan de fuerza, viveza, coraje y sencillez, que les hace propios para lidia.

Hay sin embargo algunos de cuatro años que pueden presentarse y cumplir pero no es lo general.

Tampoco deben lidiarse los tuertos apesar de ser buenos para ciertas suertes.

Los toros no deben ser demasiado flaco ni demasiado gordo porque en ambos extremos carecen de los requisitos indispensables.

Sea de la *pinta* que quiera el pelo que sea luciente, fino y igual, limpio y suave.

Se entiende por toro de *buen trapío* el que tiene las piernas secas y nerviosas las articulaciones bien pronunciadas y movibles y la pezuña pequeña, corta y redonda: los cuernos fuertes pequeños, iguales y negros; la cola larga, espesa y fina; los ojos negros vivos y las orejas vellosas movibles; esto es un toro *fino*.

Es muy conveniente que sean *sanos* y sobre todo que tengan buena vista porque los defectuosos son muy difíciles de torear, pues hay unos que ven mucho de lejos y otros viceversa; otros que ven bien de un ojo y mal del otro; otros que ven muy poco de lejos y cerca y todos ellos se distinguen con el nombre de burriciegos.

Los toros *corridos* ya, especialmente en plaza, no dan juego y no divierten pues no hacen caso del engaño que el torero les presenta, según las reglas ciertísimas de la tauromaquia, sino que *arremeten* con el *bulto*.

Los toros tienen sus querencias, unas naturales y otras accidentales o casuales.

Ofrecen todos inconvenientes, que necesitan destruirse cuando se tienen conocimientos de ellos.

Entiéndese por querencias de un toro aquel sitio de la plaza en que le gusta estar preferentemente en términos que después de una carrera o de una suerte siempre va a parar a él.

Las querencias naturales son: la puerta del toril, y la del corral donde están antes de lidia.

Las accidentales o casuales son: las que toma en la plaza, bien por haber muerto un caballo, por estar al abrigo de las tablas, porque la tierra está más movediza, etc.

Una vez que tiene conocimiento de las querencias,

se le debe dejar libre para mayor seguridad de las suertes si bien esto ofrece sus inconvenientes porque obliga a modificar o a suprimir alguna regla, y también por meterse en el diestro y dar lugar a una cogida funesta por tratarse de un embroque sobre corto.

A mi modo de ver, para obrar con más libertad en todo, deben destruirse todas las *querencias*, picándole al toro el cuarto trasero o en la barriga, o inquietándole con los capotes hasta que se obliga a abandonar el paraje (1).

Los toros en la plaza son: levantados, parados y aplomados.

Importa mucho estudiarlo bien, porque cada período tiene su suertes peculiares.

Son levantados al momento que abandonan el chiquero y llevando la cabeza muy alta corren con todo el vigor de sus piernas por toda la plaza sin fijarse en ningún objeto y únicamente desean la huída.

Después de haber corrido con aquel atolondramiento quedan parados y entonces muestran sus propiedades y se prestan a las diferentes suertes.

Cuanto llegan a aplomarse ya gastan mucha parsimonia, les faltan las piernas y evitan las suertes como pueden, huyendo y tapándose.

Hay toros y toros, que aunque parezca una verdad de Pero Grullo por su sencillez y expresión, no todos los toros son iguales.

Los animalitos tienen sus jerarquías y sus clases, y por eso los que se dediquen al arte tauromáquico

(1). Ni siempre se conseguiría destruirlas, ni los medios de que habla Blanc serían aceptados por los públicos.

conviene que las conozcan, para aplicar las reglas del toreo según convengan; pues en muchas ocasiones pueden verse comprometidos sin embargo de observar todas cuantas reglas la lidia exige.

Hay pues toros *boyantes*, *revoltosos*, *que se ciñen*, *que ganan terreno*, *de sentido*, *abantos*, *burriciegos*, etcétera.

Boyante o lo que es lo mismo, franco, sencillo o claro es el que siendo bravo conserva su propia sencillez, préstase por lo regular a todas las suertes, sigue siempre su terreno, va tras el engaño y remata bien sin peligro del diestro.

Revoltoso o *celoso*, es igual en todo al *boyante* con la diferencia que del celo que tienen por coger los objetos; por esta razón se revuelven fácilmente para buscarlos, se apoyan con fuerza con todas las manos en todas las suertes y no pierden nunca de vista ni el engaño ni el bulto.

Estos toros son buenos de torear y se hancen suertes muy lucidas.

Los que se ciñen, si bien toman el engaño se acercan mucho al bulto y casi pisan el terreno del diestro.

Los que ganan terreno, son muy difíciles de torear porque cambian de dirección, pero cortando su terreno o siguiendo el de afuera; unos empiezan a ganarlo desde la primera suerte y dan a conocer que es su modo natural de partir, otros después de algunas suertes ganan terreno con malicia por haber sido burlados y se les junta el rematar en el bulto, dan una brega llena de dificultades.

Los de sentido, son los que distinguiendo al torero del engaño se van derecho al bulto y si alguna vez toman la capa es por fuerza; son difíciles de lidiar, aunque el arte tiene también recursos para ellos.

Abantos, son aquellos medrosos por naturaleza que esquivan la suerte y huyen del torero en cuanto lo ven. Sin embargo de esto, hay los llamados *bravucones* que son menos medrosos, pero que parten muy poco pues sucede frecuentemente que al tomar el engaño, rebrincan o se quedan en el centro sin terminar la suerte.

Los *burriciegos*, ya queda dicho de las clase que constan y que no son buenos para la lidia.

Después de estas advertencias preliminares vamos a entrar de lleno en las reglas del arte del toreo, empezando por las suertes de a pie.

* * *

Trataremos de no omitir ninguna con objeto de que sirvan como norma tanto a los que aspiran ser diestros como a aquéllos meramente aficionados que desean adquirir los conocimientos necesarios que para apreciar las suertes y explicarlas con propiedad y conocimientos de causa.

Hoy que están en boga, si cabe con más entusiasmo que nunca las corridas de toros, y que además de esto los toreros son admitidos en todas partes, conviene, especialmente cuanto se hable de ellos, no decir disparates y usar los nombres técnicos correspondientes.

Empezaremos por la suerte de capear, continuaremos por la de banderillar y acabaremos por la de estoquear, dando a conocer también el modo de *cachetear* y *desjarretar*.

CAPITULO PRIMERO

DE LAS SUERTES DE CAPA

Es preciso tener en cuenta que aunque parezca cosa muy fácil *correr los toros* sin embargo no puede hacerse sin riesgo y con éxito si no se conocen bien las reglas, pues cada suerte tiene las suyas para con perfección y seguridad.

Además de esto según los torea debe obrarse porque si la res tiene muchas piernas debe tomarse de largo, echarle el capote bajo, no pararse al citarlo, no correrlo en la misma dirección del cuerpo y de la cabeza para obligarle a dar la primera vuelta y evitar de este modo el primer arranque.

Si el toro tiene pocas piernas, se toma corto, se para al citarlo para que siga, detiene la carrera a fin de guardar una distancia proporcionada mirando siempre para ver *llegar al toro* y dejando de correr en caso de que no siga.

Cuando el toro está en querencia se toma corto y se obliga.

En caso de arrancar violento sin echarse fuera con el capote se le hace un recorte o se le tira al hocico; escapando por pies.

Este es el único remedio.

Lo mismo debe hacerse cuando sale cortando el terreno, dejándole siempre libre la querencia al rematar, porque es casi seguro el viaje a ella.

Los toros en estado *levantados* salen al citarlos; pero las reglas de la tauromaquia tienen mejor aplicación y más lucimiento en el estado de *parados*.

El capote es un gran recurso para correr un toro, pues con él se sale de la cabeza, se le lleva por donde quiere, y se le pone en paraje oportuno para ejecutar la suerte que se desee.

Las principales suertes de capa son: a la *verónica* o *de frente*; a la *navarra*, de *tijerilla* o a lo *chatre*, al *costado* y *de frente por detrás*.

La suerte a la *verónica*, o sea *de frente*, es la más lucida y más segura que se ejecuta; pero hay que tener mucho sentido en la clase a que pertenece el toro, pues no puede hacerse lo mismo con el *boyante* que con el *revoltoso*, con el que se *ciñe*, con el que *gana terreno*, con el *de sentido*, ni con los *abantos*.

Con el *boyante* se ejecuta del modo siguiente: se deja venir al toro por terreno; al llegar a jurisdicción se carga la suerte y se le saca; pero para conseguir esto debe el diestro parar los pies con el objeto de hacer la suerte que quiera, pero cuidando siempre que la res quede derecha y no atravesada.

Puede ocurrir que el toro tenga muchas piernas o que carezca de ellas.

En el primer caso el diestro debe ponerse a bastante distancia para citararlo con la seguridad de rematar la suerte.

En el segundo se le cita corto, de forma que remate, porque si él se queda antes de llegar al engaño o en el centro, corre peligro el diestro.

Cuando el toro *se ciñe* se le llama de frente, tomando el diestro la rectitud de su terreno, lejos o cerca, según las piernas que tenga la fiera, y al partir la empezará a cargar y a tender la suerte; con este largo quiebro se desvía del terreno del diestro, y ocupando el de afuera, puede darse el rematte seguro; pero debe tenerse cuidado en no sacar ni tirar de la capa hasta que el toro esté bien humillado y en el centro de la suerte pues solo en este caso debe tirar los brazos, esto es, cuando retire la cabeza por estar harto de capa.

Con el *que gana terreno* es muy difícil pero, sin embargo, puede hacerse con seguridad.

El diestro se coloca cerca o lejos, según las piernas del toro, y al partir este le da el quiebro; pero si no cede, y por el contrario, se le cuela, debe mejorar el terreno; en último caso le dará las tablas, echándose él a la plaza.

Con el *toro de sentido* debe el diestro tener presente que hay dos clases: una que atiende a todos los objetos, y otra que rara vez sigue al engaño, y si el bulto, y aun atendiendo al primero que siempre remata con el segundo.

Para los primeros debe cuidarse que no vean más que el diestro, con excepción de objeto ninguno, para evitar el peligro de que partan de repente.

Para los segundos deberán aplicarse la regla de los que ganan terreno, pero haciéndole el cambio, porque nunca dan lugar a mejorar de paraje.

Estos toros son los más difíciles de llamar y dan bastantes cogidas, porque al rematar se tiran al bulto y lo cogen en embroque, sobre corto.

Cuando esto sucede, el diestro debe cubrir la cabeza y los ojos del toro con el engaño, y salirse con mu-

chos pies por donde pueda, pues es el único recurso en semejante peligro.

Con el *revoltoso* se empleará el mismo sistema que con el *eloyante*; pero debe levantar la capa para que remate fuera y quedarse preparado para recibirle después.

Estos toros son los que divierten más, y con ellos se usa frecuentemente le *verónica*; pero exigen conocimiento de las reglas, porque sin estos son muy expuestos, sobre todo al principio, que fácilmente se vuelven las piernas.

Al *abanto* o temeroso se le debe aplicar las reglas del que gana terreno, porque, a consecuencia del miedo que tiene, sale de su terreno y gana el del diestro, en cuyo caso se le mejora; si de este modo se le cuela, le dará las tablas y se echará él a la plaza.

No obstante, algunos hay que parten con gran prontitud, y si se le tira el engaño o se mueve del terreno el diestro, puede lugar a una cogida.

Es necesaria, pues, no mover los pies y citar a estos toros hacia fuera pudiendo de este modo darle el remate.

Otro modo de ejecutar estas suertes; recojer y unir al cuerpo la capa y irse derecho al toro, parando los pies hasta que llegue a jurisdicción; entonces se desembaraza, la tira de repente y obligará al toro a que la tome por ser el único arbitrio que tiene; con esto conseguirá que el toro no se cambie de terreno, y además que se desengañe y parta después bien.

A esta clase pertenece el *bravucón*, si bien se burla con facilidad, se les debe tener siempre prevenido el terreno de fuera, ya porque en el engaño suele rebrincar y dar una cogida al diestro y si se pasa, y ya por

evitar que se quede en el centro sin hacer suerte, si bien en este caso el diestro debe preparar otra adelantando terreno.

Suerte a la navarra.—Esta es la más bonita, si cabe, que la *verónica*; pero debe ejecutarse solo con los toros boyantes y que tengan piernas.

El diestro se pondrá cerca, citará y al embestir le tenderá la suerte poco a poco se la cargará al llegar a jurisdicción y cuando vaya fuera y bien humillado le arrencará de repente la capa por debajo del hocico dando al mismo tiempo media *verónica*, viniendo a quedar otra vez de frente al toro.

Suerte de tijerilla o a lo chatre (1).—No debe hacerse tampoco más que con los boyantes muy bravos. Se diferencia de las otras en que se ejecuta con los brazos cruzados y casi sería muy expuesto llevarla a efecto con otra clase de toros; el remate es igual a la *verónica*.

Suerte al costado.—Se ejecuta de dos modos; Por delante o detrás. Para lo primero colóquese el diestro de costado al toro mirando el terreno de adentro, tendido el brazo y extendida la mano al fin de poder largar la capa al toro y con la otra mano sobre el pecho cívalo y cuando llegue a la jurisdicción le cargará la suerte dando dos otros pasos para ganar el terreno que el toro pierde, le presenta de una vez toda la capa, se le hecha del todo fuera y se remata como en la *verónica*.

(1). Es curioso que a través del tiempo sigamos respetando la ortografía de esta palabra y digamos aún *chatre* en vez de *catre* que es como en la actualidad escribimos y llamamos al mueble que le da el nombre.

La de *costado por detrás*, se hace lo mismo con la diferencia de que en vez de pasar el brazo por delante del pecho se pasa por la espalda.

Suerte de frente por detrás.—Esta es muy bonita, y fué inventada por *Pepe Hillo*. Pónese el diestro de espalda en la rectitud del toro teniendo cogida la capa por detrás lo mismo que si fuera de frente. En esta disposición cita al toro y cuando parte llega le cargará la suerte, se mete en seguida por su terreno y rematará con una vuelta de espalda, quedando armado para la segunda (1).

Recortes, galleos y cambios.—Entiéndese por *recorte* toda aquella suerte en que el diestro cita al toro a cierta distancia, júntanse después en un mismo centro, le da un quiebro y sale cada cual en distinto viaje.

Los *galleos* se diferencian de los *recortes* en que se hacen con el capote o con otro engaño y no con el cuerpo solo.

Los *galleos* que se hacen más frecuentemente, es el

(1). Como hay muchos críticos, aficionados y toreros que se empeñan en confundir la suerte anteriormente descrita, o sea *al costado por detrás*, con esta *de frente por detrás*, no queremos desaprovechar la ocasión de repetir que se trata de dos lances diferentes en absoluto y que desde la *Tauromaquia* de Montes, vienen figurando uno y otro en todas las que se han publicado. El lance *al costado* sufrió un eclipse, como hoy lo sufre el *de frente por detrás*, pero no porque sean uno mismo. El inventado por *Pepeillo* es una verónica con el capote por detrás, y no es eso el lance de costado.

llamado buque, consiste en ponerse la capa del modo acostumbrado para andar por la calle. El diestro va hacia la res como para un recorte y cuando llega al centro se abren y agachan los brazos; hecho el quiebro, vuélvense los brazos y la capa a su posición.

Otro *galleo* hay que consiste en coger la capa como para la suerte del costado, irse al toro describiendo una curva cuyo fin es el centro de la suerte y se remata con un *recorte*.

El *galleo* se ejecuta también con el capote recogido en la mano del lado que ha de presentarse el toro primero y cuando se llega al centro de los quiebros y cambia el capote con la otra mano, haciendo un se le acerca para que humille; entonces sale el diestro quiebro de cintura con lo cual pasa humillado por su espalda y tira fuera la cabezada. Se puede hacer también con el sombrero o montera.

Hay un quite muy bonito, que consiste en tirar el capote al hocico del toro en cuanto llegue a jurisdicción, pero quedándose con una de las puntas en la mano; en cuanto humille pasará por delante de su cabeza con su correspondiente quiebro, al entrar en su terreno y entonces arranca el capote con rapidez.

Todo esto debe hacerse con gran ligereza, pues la gracia consiste en hacer hocicar al toro, a espaldas del diestro, a consecuencia del destronque que sufre.

Pueden considerarse los *cambios* como olvidados, pues por la dificultad que ofrecen se retraen en muchos toreros de ejecutarlos.

Consiste en marcar la salida del toro por un lado de la suerte y dársela por otro; por consiguiente, se ejecutan con la capa, con la muleta o con cualquier otro engaño que pueda dirigirse con facilidad y lleve al toro bien metido en él.

De todo lo que llevamos dicho se deduce que para llevar a cabo las reglas tauromáquicas en la suerte de capa sin exposición del diestro y con lucimiento, es necesario que los toros sean muy sencillos, claros y boyantes, porque con los que van derecho al bulto rara vez pueden rematarse. (1)

(1). Esto que parecían tener muy en cuenta toreros y públicos de aquellos tiempos, en la actualidad ha caído en olvido; ya sea porque salen menos toros de sentido, pues no cabe duda que las castas han mejorado, ya porque los toreros de ahora son más mañosos o tienen menos prejuicios, muy raro es el cornúpeto al que no se toree de capa, y ese que se queda sin torear, la mayoría de las veces, por no embestir ni bien ni mal, jamás es con el beneplácito del público que exige que se toree a todos y en todos bien, aunque, naturalmente, no se sale con la suya, cuando no es posible.

CAPITULO II

DE LA SUERTE DE BANDERILLAS

Tiene esta suerte (comunmente llamado (SEGUNDO TERCIO DE LA LIDIA) infinitas variedades, aunque nadie lo diría viendo a los banderilleros de hoy, que solo practican la dominada al *cuarteo*, sin duda porque es la más fácil.

Además de la mencionada al *cuarteo*, pueden ponerse las banderillas a la *media vuelta*, *topacarnero*, *al sesgo*, *al relance*, *al recorte*, *de sobaquillo*, *al cambio* y *al quiebro*.

Al *cuarteo* se colocan los toros, si bien resulta más lucida la suerte y puede adornarse el diestro más con los toros *boyantes*.

La ejecución es la siguiente: Toma el diestro al toro sobre corto o sobre largo, según convenga y este parado o venga levantado, le cita con insistencia para que se fije bien, para arrancar sale hacia él, haciendo el *cuarteo* al pisar el terreno del toro, *cuarteo* que es una especie de *recorte*, con la diferencia de que, al llegar al centro de la suerte y humillar al toro, cuadra el diestro, mete los brazos elevando las banderillas en el *cerriguillo*, y sale por pies si es preciso.

Hoy se abusa de las salidas en falso bastante en todas las suertes de banderillas, lo que no deja de ser perjudicial, pues el toro aprende bastante viendo pasar el bulto continuamente, y se pone en defensa.

Las banderillas a la *media vuelta* se ponen de dos modos: situándose el diestro junto al toro o saliendo a él desde largo.

Para el primer caso se cita, y al volverse (humillado por lo general y muy puesto endefensa) cuádrase con él y ejecuta rápidamente el acto de clavar banderillas escapando con ligereza.

En el segundo caso debe salir el diestro a la carrera, citar con la voz al llegar al terreno del toro y cuando este se vuelve, meter los brazos.

Esta manera de banderillar no es tan fácil como a primera vista parece, pues se corre el peligro de que el toro no acuda por donde se le llama. Por ejemplo: citar por la derecha y acudir con prontitud por la izquierda, que es la salida ya tomada por el banderillero. Como el cite se hace sobre corto y casi en el centro de la suerte, recibe el diestro el embroque de cara, y no le queda otro remedio que dejarse caer de espaldas y clavar las banderillas en el hocico del toro para que rebrinque por encima de él.

Para evitar esto, el diestro no debe salir hasta conocer de que lado se vuelve la res.

Esta suerte resulta comprometidísima con los toros de sentido, porque o bien arrancan cortando terreno y no dejan pasar al diestro, o bien al verificarse la reunión se tapan, quedándose sobre las manos sin salir, o bien por último, arrancan parándose de repente y observando el viaje del diestro.

Las banderillas *topacarnero*, de pecho o a pie firme, que todos estos nombres tienen, es tal vez la más diff-

cil, pero también la más lucida. Colócase el diestro a larga distancia y de cara al toro, le obliga a partir y a pie firme y espera a que el toro llegue a jurisdicción y humille. Entonces con gran ligereza da un quiebro, en el que sale del embroque, se cuadra con él y le mete los brazos fuera ya de jurisdicción.

No es muy prudente ejecutar esta suerte con los toros que se cifien, los que ganan terreno, y rematan en el bulto, porque, reponiéndose, se meten en el terreno del diestro.

La suerte de banderillas *al sesgo*, o a la *carrera*, o a *trascuerno*, llamada por Montes volapiés porque se ponen estando el toro parado y yéndose el diestro sobre él con todos los pies, se ejecuta yendo por el hilo de las tablas con toros que ya están sin piernas y casi aplomados, pues no siendo así es muy fácil una cogida.

Banderillas *al relance* son las que se colocan viniendo el toro rebrincando de la salida de otro par, o siguiendo a un capote, o huido pero siempre levantando los palos y marchando por su terreno.

El diestro que por su postura violenta no puede meterse con él, debe esperar la cabezada en el centro. Esa es la dificultad de la suerte pues *el recorte* hay que ejecutarlo muy bien.

Las banderillas *al recorte* es la suerte más bonita, más lucida y más difícil. Puede llamarse la *reina* de las suertes.

Si va el diestro derecho al toro para hacerle un recorte, y en el momento del quiebro se meten los brazos, pues entonces está humillado. El toro en este momento está embrocando al diestro; pero cuando tira la cabezada ya está fuera mediante el quiebro, pero teniendo aún metidos los brazos, pues el toro mis-

mo se clava las banderillas al tirar el derrote.

De *sobaquillo* se denomina el par de banderillas al cuarteo puesto sin cuadrarse el banderillero, fuera de peligro y echándose fuera con toda ligereza.

Antonio Carmona, el *Gordito*, fué el primero que puso banderillas al *cambio* con seguridad y lucimiento grandísimos, seguridad y lucimiento propios del que hace una cosa de su invención.

Es verdaderamente asombroso verle coger una silla, y marchando sin compañía de nadie, colocarla en el centro de la plaza y sentarse con toda tranquilidad.

Sólo la bizarría y destreza del *Gordito* eran capaces de llevarlo a cabo, y el público no separaba sus miradas de él y del toro, pues hasta éste parecía que se transformaba. Carmona sentado en rectitud a la fiera, sin auxilio de sus compañeros, que se situaban lejos para que el toro no se distrajesse. Y armado con las banderillas, esperaba tranquilo hasta el momento de humillar para coger. Entonces, a favor de un ceñidísimo quiebro de cintura, marcaba el engaño y salía de la cabeza del toro, prendiéndole en el instante los *rehiletes* y dejando para saciar la furia del toro la silla, que quedaba hecha trizas.

No siempre acuden los toros al primer desafío, como no sean muy boyantes y bravos, pues como han sufrido el castigo de la vara, se recelan y se hace necesario llegar a su terreno, y aun con todo irsele tomando con sumo cuidado, porque no hay momento seguro a la arrancada.

En este momento el toro se *transforma*, se alegra y se *encampana*; su cabeza su mueve con alegría; sus ojos, llenos de asombro, se fijan en el *bulto* hasta el instante de acometer. Hay toros que, viéndose tan cerca del objeto, alargan el hocico para *ventear* temiendo

un desengaño; pero cuando llegan a cerciorarse de que es su enemigo arrancan *codiciosos* por coger y quedan burlados con el quiebro del torero, con más lucimiento cuando más ceñida es la suerte.

al *quiebro*, el que consiste en un movimiento de cin-

A pie firme se ponen estas banderillas que se llaman tura de reunirse y humillar el toro, y con cuyo movimiento rapidísimo se evita el hachazo.

CAPITULO III

DE LA SUERTE DE MATAR

Esta suerte, a la vez que es de todas la más lucida y bonita, es la de más difícil ejecución y la que ofrece más contrariedades.

Raras veces puede ejecutar el diestro su plan, ya por causa del público, ya por causa del toro, pues sucede frecuentemente que, habiendo llegado la res al terreno y estando preparada para la muerte, una voz, un simple movimiento por parte del público, le llama la atención y le desvía de la recta que está colocada la cabeza, por lo que vacilamos en hacer constar que es indispensable el silencio en semejantes momentos.

El diestro, cuando llega a ser espada, tiene ya la suficiente experiencia para conocer el ganado desde el momento que sale a la plaza, y especialmente su disposición y su estado después de la suerte de banderillas.

Por tanto, se le debe dejar en libertad de acción y guardar los gritos; las censuras o los aplausos, para cuando el diestro haya terminado lo cometido.

Si todo diestro debe tener gran serenidad y ligereza en todas las suertes del toreo, a pie y a caballo, el que mata a de reunir estas cualidades en grado superlativo.

Los *pases* pueden ser *regulares* o de *pecho*.

Para el primero el diestro debe situarse como para la suerte de capa teniendo la muleta en la mano izquierda y hacia el terreno de afuera, en rectitud del toro.

En esta disposición debe citar lo, guardando las distancias, según las piernas que el toro tenga. Cuando llegue a jurisdicción y tome el engaño le cargará la suerte y lo rematará por alto o por bajo. El pase de *pecho* debe darse siempre después del regular.

Una vez que el toro se presente en suerte y el diestro no crea todavía oportuno armarse para la muerte, practicar o el pase de pecho puesto el toro en suerte teniendo el torero el brazo de la muleta hacia el terreno de adentro.

Es de todo punto indispensable para dar el pase sin hacer un cambio, perfilarse hacia el terreno de afuera, adelantando hacia el mismo el brazo de la muleta, quedando esta delante, un poco fuera del cuerpo de la rectitud del toro. Entonces se cita, se le deja llegar por su terreno sin mover los pies; una vez en jurisdicción y tomando el engaño se hace un quiebro rematando la suerte con algunos pases de la espalda sin sacar la muleta, hasta no estar enteramente fuera del sitio del hachazo.

Pase por alto.—Es aquel en que se marca la salida del toro, levantando recta la muleta, en el acto de la acometida, y tendiéndola sobre las astas. Ejecutado este pase de la primera manera se denomina también *telón*.

Pase cambiado.—Se ejecuta también la muleta con la mano izquierda, ayudado por la espada. Se marca la salida por la derecha y una vez dado el pase cambian holgadamente de terrenos diestro y toro.

Pase por la derceha.—El natural o por alto dado sobre esa mano.

Pase en redondo.—El que da el diestro moviendo poquísimos los pies trazando un círculo completo y llevando el toro tras la muleta, hasta quedar en la situación en que comenzó el pase. Son de mucho castigo, cuando se dan bien.

Otras muchas clases de pases existen, que no citamos por ser invención moderna, y derivados de los descritos.

Estocada recibiendo.—El matador, después de los pases que juzgue convenientes, se colocará en la rectitud del toro, perfilándose el cuerpo al terreno de afuera y la mano de la espada delante del medio del pecho, formando el brazo y la espada una misma línea, con objeto de dar más, a la estocada.

La punta de la espada ha de señalar rectamente el sitio en que se quiere clavar, el brazo de la muleta estará lo mismo que para el pase de pecho, y en esta situación, que no puede ser más airosa, se cita al toro para el lance fatal, llega por su terreno a jurisdicción, por supuesto inmóvil, y sin mover los pies; el diestro cuanto vea humillado, meterá el brazo de la espada, marcando con esto la estocada dentro, pero saliéndose cuanto el toro gira la cabeza, a favor del quiebro de muleta.

Esta suerte es muy difícil, con los toros que ganan terreno, y con los de sentido.

Estocada a volapie.—Esta fué inventada por *Castillares* y puede hacerse con todos los toros que humillen y se descubran un poco, pero no debe ejecutarse sino cuando están sin piernas y tardos en embestir.

Es lucidísima esta suerte, y para ejecutarla bien debe el diestro armarse para la muerte sobre corto,

porque el toro no arranca, está aplomado, lo cual es un requisito indispensable para esta suerte, que algunos llaman a toro parado. Armado así el diestro, espérase el momento en que el toro tenga la cabeza natural, se va a él con prontitud, se le hace humillar y que se descubra, valiéndose para esto de la muleta, la que se le acerca al hocico, bajándola hasta el suelo, entonces se hiere y se sale de la suerte con todos los pies.

Estocada a la carrera.—Puede llamarse también a toro levantado y es muy difícil marcarla bien, pero es lucida y segura. Se ejecuta de dos modos cuya diferencia está en que, un chulo va corriendo al toro, y en otro va el toro levantado, sin que nadie le cite. Sálese armado el matador al encuentro del toro y le da la estocada por las reglas establecidas. Son frecuentes los marronazos por la violencia que lleva el toro y porque el diestro no tiene tiempo suficiente para fijar a punto vista.

Estocada a media vuelta. — Es una suerte igual a la de banderillas a media vuelta. Puede considerarse como un recurso que se emplea para matar a aquellos toros que por su índole o por algún accidente no arrancan, se tapan o bien rematan sobre el bulto. Debe hacerse con mucha rapidez en cuanto el toro empieza a revolverse para evitar el embroque y no darle tiempo para nada.

Estocada a paso de banderillas.—Esta suerte se hace con los toros tardos a partir, pero con piernas, y también con los de sentido. El diestro toma la tierra conveniente sin que nadie ande alrededor. Lía la muleta y prepara el brazo como para recibirle; arranca el toro cuarteándolo, lo mismo que si fuera a poner banderillas y en el embroque al humillar y estando aun dentro del centro marca la estocada, hace el quie-

bro de muleta para salirse del centro, y dejarse caer con fuerza sobre el toro y apurar la estocada hasta la guarnición, pues el mérito consiste en que el diestro le afiance a la primera.

La estocada por alto o por la cruz.—Muchas veces no se puede llegar a clavar lo suficiente a causa de los huesos que forman la prominencia en que concluye, y esto es precisamente el sitio preferente para la estocada.

De aquí se deduce que no debe medirse el mérito de la suerte, en razón inversa del número de estocadas, siendo más caso de fortuna que de habilidad el matarlos de la primera.

Para que estas estocadas produzcan inmediatamente la muerte es preciso primero que entre el estoque entre dos vértebras, cortando la *médula espinal*; segundo que entre oblicuo un poco bajo y en el pecho, en este caso morirá sin arrojar sangre; tercero que entre por la cruz, pasando al pecho perpendicularmente y atravesando los pulmones, haciéndole arrojar sangre por la boca.

Esta estocada tiene su mérito y no debe confundirse con los *golletes*. Los toros que reciben una estocada por alto, pueden quedar descordados y necesitan para la puntilla.

Estocada por bajo (Golletes).—Estas no son de tanto mérito como las anteriores, pero en ocasiones deben darse.

Se llaman generalmente *golletes* porque matan pronto al toro, porque entran por el pecho y le atraviesan los pulmones.

Toro atravesado.—Está el toro atravesado cuando entra la espada oblicua y asoma la punta por el otro

lado; esto es muy feo y resulta por hacer mal la suerte.

También acontece que se corte la carne que une la cara inferior de la espaldilla con las costillas, resultando que cuando el toro se apoya en el brazo de aquel lado se eleva el hueso más de lo natural y el animal anda con fatiga y cojeando.

Irse la estocada por carne.—Dícese esto cuando la espada entra por lado contrario que debía, esto es, por el izquierdo del toro, y muchas veces sin pincharle, lo cual consiste en ceñirse el toro mucho o haber dado una colada a *envainar*. Lo mismo que en el caso anterior, suele suceder que entre la espada por el tejido que hay debajo de la piel y siga por entre el cuero y carne, sin hacer apenas daño al toro; esto se llama *envainar*.

Descabellar.—Al recibir el toro una o más estocadas el toro se aploma y si bien está medio muerto, no se echa ni sale a los cites. El diestro entonces debe liar y enguionarle varias veces, para ponerle bien la cabeza, pues debe estar muy baja y en caso necesario, y en cansarle con la punta de la espada en el hocico o en la cara a fin de que se descubra bien para descabellarle.

Esto se ejecuta apretando el estoque cuando su punta se apoya en el nacimiento del cerviguillo entre las astas.

Debe ser auxiliado por uno o dos chulos, con los capotes, para si no muere que no vaya detrás del diestro.

Atronar como algunas veces el toro se echa teniendo aun vigor y estando el matador delante se recela del cachetero y al sentirle venir se levanta o hace el amago.

El matador debe entonces atronarle con las mismas

precauciones que para descabellar sin más diferencia que la que estar en pie o echado.

Modo de cachetear.—También se dice dar la puntilla y es muy feliz y útil descubrimiento que se ejecuta con el cachete, que es un cilindro de acero de una pulgada de diámetro y una tercia de largo acabando en punta de lanza por un extremo y teniendo un agarradero de madera por otro.

Estando el toro echado y el matador delante con la muleta casi tocándola el cachetero por detrás lo introducirá de un solo golpe la puntilla por el testuz a la parte media y a pocas pulgadas de distancia de la raíz de los cuernos cortando así la médula y terminando con la vida instantáneamente.

Modo de desgarretar.—No pudiendo hacer morir al toro por el modo regular de la plaza se le desjarreta con la media luna que no es más que un cuarto de círculo de acero cortando en un borde cóncavo unido a un palo igual al de varas de detener, con el convexo.

Limitase su uso a cortar a los tendones de las piernas dando por resultado que el toro caiga y se le mate como se quiera.

Esto es desagradable y no se consiente en las plazas.

CAPITULO IV

DIFERENTES SUERTES DE TOREO A PIE

No hemos de terminar esta primera parte sin mencionar, aunque sea a la ligera, otras suertes, que también se ejecutan a pie como las de capa, las de banderillas y las de muleta.

Y nos vamos a ocupar de ellas, aunque algunas no se lleven a cabo en los redondeles, para que nuestros lectores tengan idea de algunas suertes que acaso no hayan visto ejecutar por culpa de la generalidad de los toreros actuales.

Salto a trascuerno.—Se sale al cuentro del toro a cuerpo limpio como para hacer un recorte, pero tomando a la res atravesada y procurando que el toro conozca el viaje, para que comience a cortar terreno a la vez que el diestro, acelerando o deteniendo el viaje a su conveniencia, llegue al centro de la suerte, cuando el toro está completamente atravesado y tenga tapada la salida. Cuando humille el toro para recoger el diestro salta airoosamente por encima de la cabeza del toro y libra la cabezada.

Salto sobre el textuz.—Estando parado el diestro cita a la res esperando a que entre a jurisdicción, y humille para recoger el bulto; pone entonces un pie so-

bre ambos cuernos y el derrote violento del toro hace que el diestro caiga por la cola, saliendo con todos los pies.

Salto de garrocha.—Tómase una vara de detener, y desde los medios se alegra al toro, aprovechando su viaje. Al llegar a jurisdicción, clávase el palo en la arena elevándose a pulso, y al hacer la reunión el toro empuja la vara, ayudando entonces a caer el diestro por la cola.

Picar sin caballo.—Esto se hace yendo un hombre montado sobre otro que llevará la muleta en la mano y el jinete la vara de detener. Cuando el de la muleta cae al toro y cuando este humilla, el de la vara ejecuta la suerte que en rigor la hace el de la muleta. Esta suerte se usa muy poco casi nada y no es de sentir, porque es poco vistosa y si muy expuesta.

Lanzada a pie.—Tampoco está muy vista esta suerte, que se ejecuta situándose el diestro unas seis varas de distancia de la puerta del toril, rodilla en tierra y el regatón de la lanza haciendo punto de apoyo en un hoyo. De esta manera y viniendo el toro al bulto, recibe el lanzaso en la frente, donde se le clava.

Capote entre dos.—Toma cada uno una punta de un capote grande. Según las piernas del toro, así se situarán haciéndose la suerte según las reglas dando cuatro pasos de espalda y cambiando de mano el capote, pero sin soltarlo.

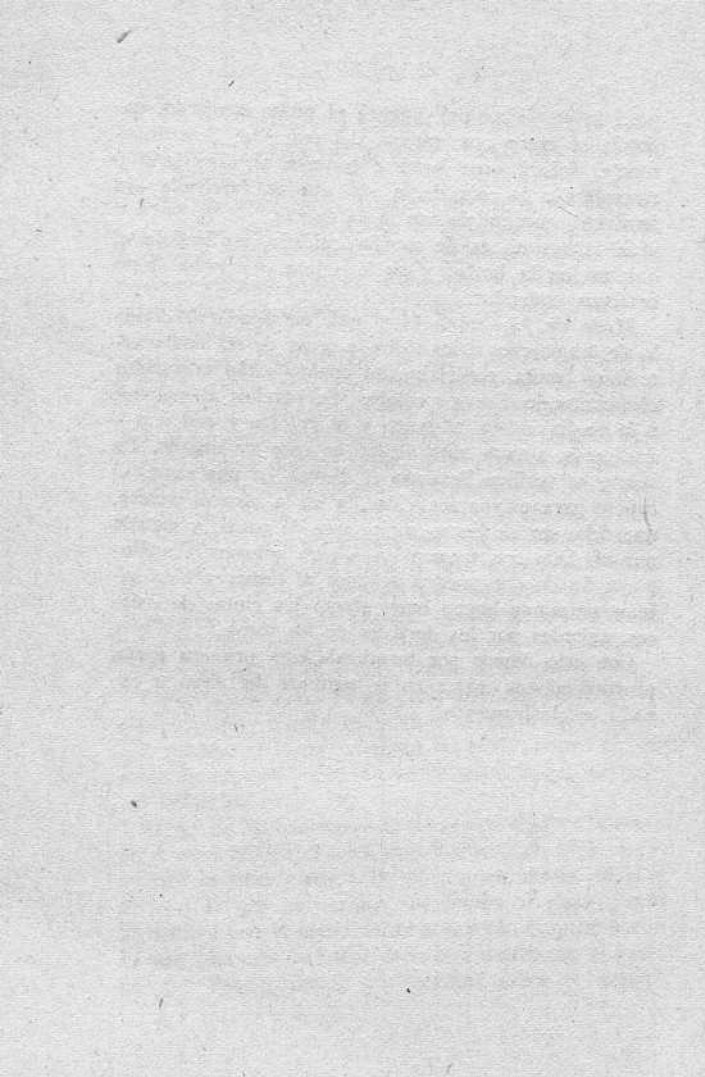
Modo de mancornar.—Esta suerte sólo se ejecuta en el caso de que el toro haya enganchado a alguno o cuando se echa gente a la plaza y es preciso sujetar al toro lo que se verifica cogiéndole al pasar junto al hombre con la mano derecha el pitón derecho y con la otra (después de haber dado una vuelta con el cuerpo, que debe cargarse y descansar sobre el cuerpo,

para sujetarlo mejor), cogerá el pitón izquierdo, pasando la mano por encima del morrillo. Inmediatamente, deberá otro hombre ponerse al otro lado y agarrarse a la cola de la res, que es derribada con facilidad, quedándole vuelta la cabeza.

Si la res no es de mucho cuidado, metiéndole el hombro en la barba, y se le sujeta o derriba. Esto se llama embarbar.

Modo de parchear.—Hoy está entregado al olvido lo de los parches a los toros, a pesar de ser una suerte muy bonita, especialmente cuanto están adornados con cintas de diversos colores. Se parchea al cuarteo, a la media vuelta, al sesgo y al recorte y con uno o dos pares, aunque esto último es muy arriesgado. La suerte se verifica llevando el diestro en una mano el capote para mayor seguridad, y en la otra el parche, que debe ser de lienzo mejor que de papel, y untado por un lado con trementina u otra substancia análoga, a fin de que queden pegados al testuz y bien sujetos para que hagan buen efecto las cintas de colores, agitadas por los derrotes de los toros.

Con esto damos por terminada esta primera parte, proponiéndonos tratar en la segunda del *toreo a caballo*, exclusivamente.





NOCIONES PRELIMINARES DEL TOREO A CABALLO

CONDICIONES DE LOS PICADORES Y DE LOS TOROS

Valor físico. Dominio del arte. Necesidad de ser jinete consumado.— Cuanto sobre el valor hemos dicho respecto a los toreros a pie, es aplicable a los picadores, con el aditamento de que éstos necesitan aún mayor serenidad.

El picador debe ser forzado para resistir el encontronazo, despidiendo al toro por la cabeza del caballo, pues los toros que se crecen al palo no encuentran castigo, y aparecerán más bravos y pegajosos si no sienten el hierro.

Son, pues, necesarias las fuerzas en el picador, no sólo para contrarrestar las del toro, sino para habérselas con el caballo, principalmente, cuando los dos se hallan en el suelo.

Los picadores necesitan tener un perfecto conocimiento del arte y mucha práctica en lo de conocer ■

los toros para hacer aplicación de la suerte, sin cuyo requisito no deben presentarse en la plaza (1).

Necesitan ser jinetes consumados, pues no basta tenerse en el ceballo o agarrarse a la silla sin que, es indispensable, además de su buena mano izquierda y de mucha fuerza de rodillas, conocer en conocimientos del caballo, dominarlo, ver si está escamado, cuál es la causa, saberlo llevar sobre las manos y sobre las piernas a todos los aires, hacia atrás y a los costados, especialmente, todo con conocimiento perfecto, para evitar peligros y azares.

Las condiciones de los toros de la lidia para el toreo a caballo son las mismas que para a pie, sólo que se denominan de diferente manera.

Los boyantes, aunque bravos, toman su terreno a gusto del picador, y sabiendo éste su obligación, no dan cogida jamás.

Los blandos, o sean los que duelen al castigo, no hacen fuerza ninguna y salen de la suerte solos, coceando y con el cuello torcido.

Los duros, o sean los que se sienten el castigo, hacen todo lo contrario, desarrollando todo su poder al reunirse.

Los pegajosos, que son aquellos que no toman la salida aunque la tengan libre, se quedan en el centro tirando cabezadas con objeto de llegar al bulto, y en caso de desarmar al picador, no quieren dejarlo, porque el castigo no llega a hacer mella ninguna.

Los que recargan son los que llegan a la vara, y cuando la sienten se separan para volver a su terreno; pero al quitarles del morrillo la vara para rema-

(1) ¡Qué diría Manuel Domínguez si viese que es picador cualquiera, tenga o no conocimientos!

tar la suerte, arrancan con prontitud para dar la cogida y se muestran, por lo general, tan codiciosos como los pegajosos.

Abantos.—Son los que quedan cerniendo la cabeza delante del bulto. Unas veces no esperan a tomar la vara y se escupen fuera; otras la toman y tiran derrotes para desarmar, pero sin fuerza, de modo que el encontronazo es suave; más el picador necesita ser muy diestro y tener buen brazo para no ser desarmado; ese y no otro es el deseo del toro para acometer después sin sufrir castigo.

Aunque no deja de ser difícil fijar el terreno del toro y del diestro en la suerte de picar, por la diferencia de posiciones en que se ejecuta, para nosotros el terreno del toro debe ser el de la izquierda del picador, y su entrada en él por delante de la cabeza del caballo.

El del diestro no debe ser, principalmente, el de su derecha, sino aquel que, según la clase del toro que se pica, tenga más cubierta la salida, la cual debe hacerse siempre buscando los cuartos traseros del toro.

El diestro deberá situarse a la izquierda del chiquero, a unas diez varas de distancia de él y tres o cuatro de las tablas, que es donde viene a quedar el lado de la garrocha, y ésta vuelta (a derecha), es la que siempre tiene que llevar el picador en la plaza.

Consiste el mérito en la suerte de picar el salvar el caballo de herida o de muerte, y esto requiere la habilidad y fuerza; pero a los todos pegajosos, con a caballo, levantando el brazo, cuya explicación daremos en la continuación.

Para picar, sin perder tierra el picador, debe citar mucho poder en la cabeza, se les da la salida, picando

al toro y dejarle llegar corto pero sin mover el caballo. Estando en jurisdicción y humillado, le pone la puya, cargando sobre el palo y haciendo por despedir al toro al encontronazo, por la cabeza del caballo. Si el toro por su recargue continuo, le come el terreno al picador; éste le hace girar por la izquierda y salir con pies.

Picar a toro levantado, es lo mismo que se hace cuando el toro sale y viene en este estado y tal suerte es la que da mejor resultado, por la sencillez del toro. El picador en su terreno esperará al toro, se arma y cuando llegue a jurisdicción, se carga sobre el palo, sesga el caballo y muestra el toro su terreno, que lo toma al momento, sin que el picador tenga que salir por pies. Con los toros pegajosos, es necesario no dejarlos llegar mucho para no hacer el encontronazo violento y hay que cargarse con toda la fuerza posible sobre el palo, a fin de que tomen la salida y den un buen remate; más sino la toman, se endereza un poco el caballo y se le mete en las piernas.

Para picar los toros en su rectitud, lo citará y lo dejará venir, hasta que llegue a la vara. Cuando la haya tomado, en la humillación se cargará sobre el palo para que el toro no bese al caballo en el encontronazo, y le mostrará su salida, sacando a la vez el caballo por la izquierda para tomar el terreno que le corresponde.

Para picar al toro atravesado es necesario que esté aplomado y en querencia. Esta es diferente de las otras suertes, porque no se cita teniendo el caballo de cara al toro, sino atravesado; esto es, presentándole el costado derecho; se le obliga a embestir y luego después del encontronazo se meten espeulas al caballo y se sale por delante de la cabeza de toro.

Picar a caballo levantado. Se necesita mucha destreza y un caballo de buena boca y bien avisado. Se deja llegar el toro a la vara y se tercia al caballo hacia la izquierda; estando la res en el centro, en vez de despedirla al encontronazo, se la deja seguir hasta el brazuelo derecho del caballo. En esta situación y al derrotar el toro, la mano izquierda del jinete habrá levantado de manos al caballo, echándole a la derecha, buscando los cuartos traseros del toro y saliendo por pies. Como se comprenderá, quedan cambiados los terrenos, el caballo salvo y el toro castigado. No puede haber cogida en esta suerte si se hace a tiempo y es muy bonita aunque muy difícil.

Las reglas para la suerte denominada del “Señor Zahonero”, están en un todo conformes con los principios, que sirven en el toreo a pie.

Para ejecutar dicha suerte, se espera que el toro esté en la misma disposición que para la suerte a la verónica, pero al costado derecho deberá tener el terreno de adentri. Situado así, se le cita al toro, y conforme llegue a jurisdicción y humilde, se le pone la vara, se carga el cuerpo sobre el palo y se mete el caballo en el terreno de adentro, obligando al toro a tomar el suyo que debe estar franco, y a que salga con pies, quedando el caballo sin moverse.

Modo de acosar, de derribar y de enlazar. Cuando un hombre va a caballo persiguiendo a las reses en el campo, éstas, por bravas que sean, huyen.

De aquí el acoso, suerte que es muy bonita y nada expuesta.

Se hace metiéndose el hombre a caballo entre el ganado, después de marcar de antemano el que se quiere apartar. La persigue sin cesar, procurando que

salga de la piara; cuando ya está enteramente fuera, se la excita con la voz y el ademán, obligándola a salir huyendo.

Entáblase la persecución cuando es necesario para que no vuelva a la piara que es su querencia, para que continúe huyendo.

Cuando la res le faltan las piernas o cuando es de mucho coraje, suele pararse para acometer. En tal caso, se muda el viaje dejando libre la querencia y así empieza libre el acoso de nuevo, terminando en la piara.

En las plazas se ejecuta esta suerte cuando el toro huído por demás deja de correr y hay que acosarle para pararle y poder ejecutar las suertes.

Derribar. Una de las suertes más bonitas que pueden hacerse desde el caballo, y no todos sirven para el caso, pues se necesita fortaleza, ligereza y maña, y sobre todo estar acostumbrado a este ejercicio.

Tan esencial es esta condición que, llevando caballo maestro, apenas tiene que hacer nada el jinete para dirigirlé y verificar la suerte con mucho lucimiento.

Con un caballo malo es impracticable, a pesar de que sea muy práctico e inteligente el jinete.

Hay dos modos de derribar que se diferencian muy poco.

El mejor es el que se llama a la *falseta* y empieza por acosar la res, conservando una distancia de 25 a 30 varas, y echándose un poco hacia el lado derecho.

Al presentarse la ocasión, apriétase el caballo cuanto se puede, de modo que la línea que describa en su viaje venga a formar un ángulo bien obtuso.

Al pasar el caballo junto a los cuartos traseros de

la res, el jinete, teniéndola en jurisdicción, echará todo el palo adelante para ponerle la puya en el nacimiento de la cola. Carga bien el caballo, sin dejar de hacer fuerza hasta derribar a la res en el suelo.

Se debe tener especial cuidado para no atravesarse, llegar a tropezar y caer con el caballo a tierra y deben usarse las garrochas largas y ligeras con muy poca puya, para poderlas manejar como el caso requiere.

La garrocha debe llevarse agarrada cerca de la extremidad y apoyada en el brazo izquierdo, para no armarse hasta el momento de poner la puya a la res, pues de lo contrario, no puede sufrirse el peso que hace todo el palo adelante cánsase el brazo, falta la fuerza y es incierto el golpe de vista.

Hay otro modo de derribar que se llama *violín*, en el cual la garrocha pasa por encima del caballo y viene a quedar al lado izquierdo. Se usa muy poco y no ofrece ventajas.

Hay otros que no merecen detención por el poco interés que ofrecen.

Para enlazar. Es necesaria una cuerda delgada y fuerte con un anillo en una de las puntas para meter en él la otra punta y así forma un lazo corredizo el cual se coloca en el extremo de un palo de dos varas, largo, no muy pesado, para poder echarlo mejor en las astas de los toros y dejarle enmaromado. La faena empieza por acosar al toro hasta ponerse junto a su lado izquierdo, yendo el jinete prevenido para, si se vuelve, alejarse con presteza.

Se puede enlazar al estilo americano.

De las suertes de enlazar y de picar a pie, como ya hace muchos años que no se usan, no creemos necesario ocuparnos.

Y pareciéndonos haber llenado todos los requisitos esenciales para hacer bien comprensible esta segunda parte de nuestro opúsculo, ponemos fin a nuestro ARTE DE TOREAR A PIE Y A CABALLO.

MANUEL DOMÍNGUEZ



Colección de libros raros y curiosos sobre tauromaquia

PUBLICADOS POR LA EDITORIAL LUX

BAJO LA DIRECCIÓN DE

Uno al Sesgo

Van publicados:

Las Fiestas de Toros, por D. JOSEF DE LA TIXERA, seguido de la carta del mismo autor en que se da cuenta de la muerte de *Pepeillo*.

Discurso de la cavalleria del torear, por DON PEDRO MESSÍA DE LA CERDA.

Sobre las Fiestas de Toros (Memoires curieux envoyés de Madrid sur les Fettes ou Combats de Taureaux), JACQUES CAREL, *Sieur de Saint Garde*. Primera edición con el texto francés y la traducción española, por *Uno al Sesgo*.

Combats de taureaux, por M. BRETON, texto francés y español.

Apología de las fiestas públicas de toros, por D. ANTONIO DE CAPMANY.

Autobiografía, de PEDRO ROMERO.

En pro y en contra de las corridas de toros. Carta histórica de D. F. N. Moratin, y carta de Jovellanos a Vargas Ponce, con otros escritos de ambos autores referentes a la tauromaquia. Edición en papel de hilo para bibliófilos y en papel offset, para el público. Precio: Ptas. 2'—

